

Jose Gómez Alén, catedrático de Historia de Enseñanza Media, ha orientado sus líneas de investigación hacia la conflictividad laboral y el mundo del trabajo durante el franquismo. Autor de numerosos trabajos en revistas, obras colectivas y libros como *As Comissões Obreiras de Galicia e a conflictividade laboral durante o franquismo* (1995) o *Manuel Amor Deus. Unha biografía da resistencia obreira ao franquismo* (2008), es coautor de *O dez de marzo. Unha data na historia* (1997); *Astilleros en el Arco Atlántico. Trabajo, historia y patrimonio* (2013); *Abogados contra el franquismo. Memoria de un compromiso político, 1939-1977* (2013); *Cristina, Manuela y Paca. Tres vidas cruzadas entre la justicia y el compromiso* (2017) y *Estado e industria. La construcción naval en Argentina, Brasil, España y Portugal* (2017). Fue director del Archivo Histórico de las CCOO de Galicia/ Fundación 10 de Marzo (1991-2005) y de la revista *DEZEME* (2000-2006). Es miembro de la sección de Historia de la FIM y del comité coordinador de la revista *Nuestra Historia*.

Historia

SIGLO

XX

ESPAÑA



Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Esta obra se coedita en colaboración con la Fundación de Investigaciones Marxistas.

© Los autores, 2018

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 2018

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1913-6
Depósito legal: M-12.250-2018

Impreso en España

ÍNDICE

<i>Introducción. Marxismo e historiografía en España: del franquismo a la actualidad</i> , por José Gómez Alén	7
--	---

PRIMERA PARTE

EL MARXISMO Y LOS DEBATES EN ESPAÑA SOBRE LAS SOCIEDADES PRECAPITALISTAS

I. HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA DE LA ANTIGÜEDAD DE TENDENCIA MARXISTA, por Domingo Plácido.....	25
II. ¿SISTEMA ATLÁNTICO O PRIMERA MUNDIALIZACIÓN? UNA PERSPECTIVA MARXISTA, por Carlos Martínez Shaw ...	49
III. EL ANÁLISIS DE LAS TRANSICIONES, por Juan Trías Vejarano	61

SEGUNDA PARTE

EL MARXISMO Y LOS DEBATES HISTORIOGRÁFICOS SOBRE LA CRISIS DEL ANTIGUO RÉGIMEN Y EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO

IV. EL MARXISMO Y LOS DEBATES EN ESPAÑA SOBRE LA CRISIS DEL ANTIGUO RÉGIMEN, EL LIBERALISMO Y EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO, por José Antonio Piqueras Arenas	73
V. LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE EL CONFLICTO RURAL Y LA POLITIZACIÓN CAMPESINA EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA. DEL MARXISMO A LA NUEVA HISTORIA POLÍTICA, por Francisco Cobo Romero.....	121

VI. CULTURA OBRERA, HISTORIADORES Y MARXISMO. DE LA CLASE A LA IDENTIDAD, por Carlos Forcadell Álvarez.....	155
---	-----

TERCERA PARTE
 MARXISMO E HISTORIOGRAFÍA DE LA REPÚBLICA,
 LA GUERRA CIVIL Y EL FRANQUISMO

VII. MARXISMO, MATERIALISMO HISTÓRICO Y LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE LA SEGUNDA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL, por José Luis Ledesma.....	173
VIII. EL ENFOQUE MARXISTA Y LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS SOBRE LA ÉPOCA FRANQUISTA, por Julián Sanz Hoya.....	223

CUARTA PARTE
 MARXISMO E HISTORIOGRAFÍA
 ENTRE EL PASADO Y EL FUTURO

IX. HISTORIA, POSMODERNIDAD, HISTORIA GLOBAL. NUEVAS PERSPECTIVAS TEÓRICAS-METODOLÓGICAS PARA EL ESTUDIO DE LA MOVILIZACIÓN SOCIAL, por Teresa María Ortega López	253
X. ¿UNA HISTORIA MARXISTA PARA EL SIGLO XXI? ALGUNAS PROPUESTAS PARA EL DEBATE, por Francisco Erice Sebares	271
XI. PARA UNA HISTORIA DE LA HISTORIA MARXISTA, por Josep Fontana Lázaro	321
<i>Índice onomástico</i>	337
<i>Sobre los autores</i>	341

INTRODUCCIÓN

MARXISMO E HISTORIOGRAFÍA EN ESPAÑA: DEL FRANQUISMO A LA ACTUALIDAD

José Gómez Alén

Fundación de Investigaciones Marxistas

Todo lo sólido se desvanece en el aire

Karl Marx, *El manifiesto comunista*

¿Tiene sentido, ya en pleno siglo XXI, volver la mirada hacia el pensamiento de Karl Marx y las aportaciones de la tradición historiográfica marxiana para encontrar en ellas herramientas de análisis y propuestas conceptuales útiles con las que enfrentarnos a los retos de investigación y estudio de la historia? O, por el contrario, ¿hay que abandonarlas por inservibles y abrazar modelos que provienen de otras corrientes, particularmente las posmodernas que frecuentan hoy el campo académico? O, a modo de síntesis, ¿es posible la confluencia de la herencia marxiana con los planteamientos epistemológicos que emanan de esas tendencias para profundizar en el conocimiento del pasado y entender cómo hemos llegado a este presente tan complejo?

Los acontecimientos que marcaron el final de la Guerra Fría parecían dar paso al triunfo definitivo del liberalismo capitalista y su idea de único modelo posible invadió la esfera política, intelectual y mediática de nuestro mundo, mientras todo tipo de voces se apresuraban a incinerar el corpus intelectual y analítico que había germinado al amparo de la obra del viejo pensador de Tréveris en un contexto en el que «el final de la historia» suponía el entierro de las cenizas del marxismo junto a su autor en el cementerio de Highgate, al norte de Londres. Sin embargo, casi tres décadas después, la larga crisis económica que desde 2007 ha convulsionado como ninguna otra el capitalismo ha traído al primer plano las viejas contradicciones del modelo que, lejos de desaparecer, resurgieron con más fuerza mostrando la verdadera realidad de los «paisajes floridos», entonces prometidos y ahora convertidos en sobreexplotación capitalista y desmantelamiento progresivo del llamado

Estado de bienestar, al tiempo que las nuevas y focalizadas guerras de nuestro presente desangran el continente africano y el mundo árabe dejando tras de sí millones de refugiados que ensombrecen la realidad cotidiana del en otro tiempo vitoreado como el mejor modelo posible.

La evidencia de esa realidad ha vuelto a poner sobre el escenario intelectual la obra de Karl Marx y, en la última década, sectores de la intelectualidad académica en el mundo anglosajón e iberoamericano han vuelto su mirada hacia el autor de *El capital* para rastrear, también historiográficamente, las claves que permitan comprender las causas y la profundidad de la crisis y sus visibles consecuencias. Y si, en el 2017, el 150 aniversario de la edición del primer libro de la obra mencionada y el centenario de la revolución rusa propiciaron, más allá de nuestras fronteras, numerosas iniciativas que evidencian el interés intelectual y político por repensar la obra de Marx, en este 2018, la conmemoración del bicentenario de su nacimiento seguramente continuará mostrando la vitalidad y actualidad de un análisis que está aún muy lejos de haberse agotado.

En España han sido escasas las iniciativas dedicadas a reflexionar y debatir sobre las cuestiones apuntadas y seguramente tengamos que buscar las causas de ese alejamiento en la limitada influencia del marxismo en nuestro pasado. Un pasado que se remonta a los tiempos de la Segunda República cuando el marxismo pugnaba por asentarse entre nosotros y que finalmente solo fue un lejano precedente sin continuidad durante gran parte de la larga dictadura. Conviene tener en cuenta este factor a la hora de explicar la debilidad del marxismo entre nuestra intelectualidad y en nuestra historiografía.

Coincidimos con José Antonio Piqueras cuando, en este mismo volumen, destaca la solidez intelectual de Manuel Sacristán en el marxismo español. Un rasgo que, en el campo de la historia, caracterizaba el trabajo de Josep Fontana, quien, sin duda, con la misma consistencia intelectual que Sacristán contribuiría a visualizar en España las corrientes historiográficas europeas que bebían analíticamente en la tradición marxiana. No es casualidad que Sacristán y Fontana coincidieran en la oposición clandestina al franquismo como miembros del Partido Socialista Unificado de Cataluña y miembros de su Comité de intelectuales, ni que desde ese compro-

miso político y a través de *Nous Horitzons* y otras revistas similares realizasen importantes aportaciones en sus respectivos campos desde finales de los años cincuenta del pasado siglo.

Fontana, *assistant lecturer* en el curso 1956-1957 en la Universidad de Liverpool, leyó de primera mano a los marxistas británicos en las monografías de *Our History*, que los historiadores del Partido Comunista de Gran Bretaña comenzaron a editar en 1956. En aquel curso tuvo la oportunidad de acceder a los primeros números de *Marxism Today* y a la revista *Past and Present*, fundada por aquellos historiadores en 1952. Publicación esta que le enviaría a su maestro Vicens Vives con quien incluso intercambiaría correspondencia a propósito de un artículo de Pierre Vilar publicado en el número 10, «Problems to the Formation of Capitalism»¹, No es pues extraño que a su regreso a la Universidad de Barcelona propusiera la suscripción a la prestigiosa publicación y que, unos años más tarde, cuando ya dirigía la colección de historia de la editorial Ariel, se incluyera el mencionado artículo, traducido al castellano por el propio Fontana, en el libro de Vilar, *Crecimiento y desarrollo*.

El compromiso de Sacristán y Fontana confluyó, durante el tardofranquismo, con el de una nómina, no muy amplia pero sí muy activa, de intelectuales que desde el antifranquismo militante tiñeron de marxismo su trabajo profesional en sus específicos campos de conocimiento: Gustavo Bueno en el ámbito de la filosofía; historiadores como Manuel Tuñón de Lara (1915-1997) y las aportaciones que bajo su amparo generarían los coloquios de Pau; el trabajo renovador de Enric Sebastià (1930-2006) desde la Universidad de Valencia; el de Abilio Barberó (1931-1990) y Marcelo Vigil (1930-1987), las contribuciones historiográficas de Juan José Carreras (1928-2006) en la Universidad de Zaragoza o las de algunos nombres que participen en este volumen o que son reconocidos por su obra en estas páginas.

En el haber de Fontana hay que destacar además su labor editorial para facilitar nuestro acercamiento a la obra de una parte importante de la historiografía europea de la tradición marxiana. En esa tarea de asentar el pensamiento marxista, los intelectuales

¹ Cartas de Vicens Vives a Josep Fontana, 5 y 24 de febrero de 1957, en J. Clara *et al.*, *Epistolari de Jaume Vicens Vives*, Cercle de Estudis Històrics, Girona, 1998, pp. 106-197.

españoles contaron con la connivencia y el soporte de algunas editoriales que fueron imprescindibles para la difusión del marxismo y a las que Piqueras dedica en estas páginas una merecida atención. Así nos llegaría la obra de historiadores franceses como Pierre Vilar o Albert Soboul y otros, que ampliarían nuestra mirada historiográfica. Entre las editoriales merece nuestra atención Ciencia Nueva, creada por simpatizantes y militantes del Partido Comunista y en la que estaban comprometidos Manuel Sacristán y el historiador Domingo Plácido, traductor de Benjamin Farrington y autor de un capítulo del presente libro. La obra de Farrington fue la primera de una serie de publicaciones que nos familiarizarían con los trabajos de otros marxistas británicos, V. Gordon Childe, Maurice Dobb o Arthur L. Morton; con el debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo y con obras de Marx como *La lucha de clases en Francia* o *Formaciones económicas pre-capitalistas* que incluiría una excelente introducción de Eric Hobsbawm, después de superar algunos problemas con la censura para convertirse en el primer texto que se publicaba en España del que posteriormente se convertiría en el historiador más conocido en el mundo².

En la década de los setenta, en el escenario final del franquismo y la transición se produjo una explosión editorial marxiana a pesar de las suspensiones, el rechazo de títulos, el cierre de Ciencia Nueva e incluso las sanciones y autos de procesamiento en el Tribunal de Orden Público, caso del editor Ramón Akal quien, desde 1972, se incorporó a la tarea de difundir el pensamiento y la historiografía marxista. Su presencia en las librerías y en los campus universitarios se debía, en gran medida, a la militancia comunista de estudiantes, profesores y profesionales de formación universitaria. Esa presencia se mantuvo hasta bien avanzada la década de los ochenta cuando, como consecuencia de los cambios políticos y culturales que habían fraguado en su primer lustro, el marxismo comenzó a perder el atractivo intelectual de las décadas anteriores. Lo que durante la Transición parecía una marea dominante mostró entonces una debilidad que, a comienzos de los años noventa, desembo-

² F. Rojas, «Edición y censura de libros de Marx y Engels durante el franquismo (1966-1976)», en *Nuestra Historia* 3, 2017, pp. 102-126; y, del mismo autor, «Una editorial para nuevos tiempos: Ciencia Nueva, 1965-1970», en *Historia del Presente* 5, 2005.

caría en una mayoritaria desafección de los intelectuales con respecto al viejo paradigma y el inicio de una desbandada hacia refugios teóricos, mediática y académicamente más cálidos. La influencia marxiana quedó entonces bajo mínimos y durante años su herencia solamente podría percibirse en las líneas de investigación de los historiadores ligados a diferentes organizaciones políticas y sociales³, mientras en la universidad solo algunos nombres, que aparecen en los capítulos de este libro, resistían los embates de las corrientes posmodernistas que parecía alzarse como un sólido castillo teórico.

Sin embargo en el mundo anglosajón, el tsunami posmodernista, a pesar de su importante presencia, recibió contundentes respuestas, entre las que podemos mencionar las de intelectuales tan diversos como Terry Eagleton, Fredric Jameson, Alex Callinicos o Eric Hobsbawm por citar solo al más conocido entre los historiadores⁴. Mientras, en el ámbito académico español, Josep Fontana era una de las excepciones que públicamente no compartían la conclusión de aquel «final feliz». El historiador británico y el entonces catedrático de la Universidad Pompeu Fabra articularon entonces algunas de las primeras respuestas al pretendido final de la Historia⁵. Uno y otro veían insuficiencias y debilidades en las

³ Uno de estos colectivos de historiadores fue el articulado en torno a la Red de Archivos Históricos de las CCOO, que centrarían sus investigaciones en el movimiento obrero durante el franquismo con atención preferente a la relaciones laborales, la conflictividad sociolaboral y las huelgas, y que desde 1992 encontrarían un marco para su difusión en los «Encuentros de Investigadores del Franquismo», en la revista *DE-ZEME* (2000-2006) o en los numerosos libros publicados sobre los temas que abarcaba su agenda investigadora.

⁴ Véase A. Callinicos, *Against postmodernism. A Marxist Critique*, Blackwell, Oxford, 1989 [ed. cast.: *Contra el Posmodernismo*, RyR, Buenos Aires, 2011; ed. gal.: *Contra o postmodernismo. Una crítica marxista*, Laiovento, Santiago de Compostela, 1995; T. Eagleton, *The Illusions of Postmodernism*, Wiley-Blackwell, Oxford, 1996, o Fredric Jameson, quien ha publicado numerosos libros sobre el tema desde *Postmodernism or the Cultural Logic of Late Capitalism*, *New Left Review*, 146, august, 1984, del que hay edición española, *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío*, Paidós, 1991.

⁵ Durante la década de los ochenta Eric Hobsbawm publicó numerosos trabajos en los que reflexionaba sobre las contradicciones del liberalismo capitalista y sobre las dificultades de las alternativas históricas al modelo y su fracaso definitivo. Además de responder, desde el marxismo, a las posiciones posmodernistas que comenzaban a sobrevolar en el campo académico. Véase en este sentido ensayos como los recopilados

propuestas que se ofrecían entonces como novedosas y defendían la utilidad de las herramientas analíticas del marxismo para comprender las contradicciones del modelo capitalista desde un marco global que podía «situar y explicar el conjunto de los acontecimientos históricos». Y si el historiador británico en 1991 despedía *Marxism Today* confiando en que «todavía hay un lugar para el marxismo hoy, aunque ya no sea desde la páginas de *Marxism Today*»⁶, Fontana finalizaba su libro con una declaración de compromiso: «Merece la pena que nos esforcemos en recoger del polvo del abandono y el desconcierto esta espléndida herramienta de conocimiento de la realidad que se ha puesto en nuestras manos. Y que nos pongamos entre todos, a repararla y a ponerla a punto para un futuro difícil e incierto»⁷.

Hoy, casi tres décadas después, ese futuro está ante nosotros y aquel castillo que se nos mostraba como sólido y definitivo ya no lo es tanto y, como en otro tiempo señaló Marx refiriéndose a otras cuestiones, se puede aplicar en este caso también aquello de que «todo lo sólido se desvanece en el aire». Veinticinco años después, las propuestas puramente posmodernistas no parecen mostrar ya la fortaleza pasada ni ofrecen, en su cuenta de resultados, grandes aportaciones en forma de investigaciones empíricas. Mientras resulta evidente que el entierro de toda la diversa herencia marxiana había sido algo prematuro, hoy cada vez son más frecuentes las voces que defienden las posibilidades de sus herramientas analíticas, una vez depuradas de las visiones esquemáticas del «marxismo vulgar», para aplicarlas a proyectos y líneas de investigación que respondan a la necesidad de profundizar en el conocimiento del pasado desde una perspectiva historiográfica global y total.

Se cumplen cincuenta años de la creación de la Fundación de Investigaciones Marxistas y los que formamos parte de su ya amplia

en *Sobre la Historia*, Crítica, Barcelona, 1998 o su conferencia *Asking the big why questions. History: a new age of reason*, December, 2004, disponible en [www.hartford_hwp.com/archives]. También «Good-bye to All That» y «Out of the ashes» en *Marxism Today*, October 1990, abril 1991, traducción española en R. Blackburn, *Después de la caída*, Crítica, Barcelona, 1993. De J. Fontana véase, *La historia después del fin de la Historia*, Crítica, Barcelona, 1992.

⁶ E. Hobsbawm, «We've got problems too», *Marxism Today*, december 1991, pp. 16-18.

⁷ Josep Fontana, 1992, *op. cit.*, p. 146.

sección de historia, continuando una larga tradición de la FIM⁸, organizamos a finales de 2014 unas jornadas que, alejadas de cualquier sentido hagiográfico, sirvieran para medir críticamente la influencia del marxismo y para valorar su aportación a la renovación conceptual y metodológica de la historiografía española en el siglo xx. Al mismo tiempo, y sin desdeñar las contribuciones metodológicas que provienen de otras tendencias, perseguían el objetivo de tratar de encontrar respuestas o sugerencias a las preguntas inicialmente planteadas.

En aquel encuentro en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, historiadores de diferentes generaciones y trayectorias historiográficas ofrecieron un balance historiográfico crítico y variado que incluía propuestas metodológicas y conceptuales con mayor o menor carga renovadora. Ahora, en el bicentenario del nacimiento de Karl Marx, nos parece el momento adecuado para ofrecer aquellas aportaciones que abarcan las grandes épocas de la historia de España y abordan las cuestiones temáticas de mayor calado, al mismo tiempo que, con la mirada puesta en el presente de nuestra disciplina, reflexionan sobre los límites y la utilidad del arsenal teórico del viejo paradigma para cubrir las insuficiencias y los vacíos analíticos que percibimos en el conocimiento del pasado y entender cómo hemos llegado hasta la compleja realidad política y social del siglo xxi.

En un bloque inicial centrado en las sociedades precapitalistas, Domingo Plácido, se refiere a la obra de los primeros marxistas que cuestionaron la interpretación esquemática de la historiografía estalinista, que caracterizaba como esclavistas a todas las sociedades

⁸ Desde el seminario de 1979 *La situación del debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo* hasta las jornadas de 1995 sobre *La transición del mundo antiguo al medieval*, fueron frecuentes las convocatorias de la FIM para tratar las principales cuestiones historiográficas. En ellas participaron historiadores como Reyna Pastor de Togneri, Juan Trias, Domingo Plácido, Julio Mangas, Julio Valdeón, Guy Bois, Marcelo Vigil, Serge Wolikow; Michael Lowry, Harmut Heine, David Ruiz, Antonio Elorza, Carlos Forcadell, Carmen García Nieto, Juan José Carreras, Tuñón de Lara y Josep Fontana entre otros. Y ya en este siglo xxi esa labor continuaría con los congresos sobre la Historia del PCE (Universidad de Oviedo 2003 y Universidad Complutense, 2007) y sus correspondientes publicaciones y con las colaboraciones españolas e internacionales que desde hace unos años publica la revista *Nuestra Historia* como evidencia del vigor actual de una nueva historiografía que se reclama heredera de la tradición marxiana.

antiguas. Ese rechazo fue retomado por Abilio Barbero y Marcelo Vigil en sus trabajos sobre la romanización de Hispania, las relaciones sociales y la formación del feudalismo ibérico que influiría en las líneas de investigación de otros historiadores para aportar una visión renovadora de la lucha de clases o el estudio de la Antigüedad desde una perspectiva de género. Desde un marxismo liberado de la rigidez conceptual estaliniana contribuirían al conocimiento de la Antigüedad hispana profundizando en cuestiones como el modo de producción esclavista y la transición al feudalismo. El catedrático de la Complutense reconoce que la influencia marxiana en la historia antigua se ha ido difuminando con el paso del tiempo y hoy apenas es perceptible en los métodos y en las líneas de investigación presentes en los encuentros internacionales.

Carlos Martínez Shaw analiza la primera mundialización y la civilización atlántica que consolida el Imperio español como una obra colectiva que, más allá de la apropiación y explotación del territorio, es obra también de las poblaciones conquistadas y de italianos, belgas, franceses y alemanes. Se refiere a los dos sistemas atlánticos (John Elliott) y a Pierre Vilar que entendía el imperialismo español en América como la última etapa del feudalismo y participa de la idea de los dos sistemas atlánticos en un mundo globalizado por el intercambio económico, la explotación y la deslocalización, para sostener que son «meros subsistemas dentro de una economía mundial» que no puede entenderse sin la interacción económica, comercial y cultural entre Europa, Asia y América. Defiende, con su propuesta analítica, la conceptualización marxista aplicada al atlantismo como primer antecedente de lo que hoy conocemos como mundialización de la economía, dos conceptos que forman parte del ropaje ideológico con el que se refuerza la hegemonía de Estados Unidos.

Cierra la primera parte Juan Trías, que se adentra en el debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo protagonizado por Maurice Dobb y Paul Sweezy y que entiende más como una controversia centrada en el sistema económico y social más que en la esfera de lo político ideológico. Se refiere también a las aportaciones que se dieron en el contexto del llamado «debate Brenner» y a las que incidían en las transformaciones industriales y agrícolas para explicar la necesidad de una economía mundializada y para poner el acento en los cambios en el proceso de producción duran-

te el Antiguo Régimen. Resalta además la escasa presencia de la historiografía española en aquellos debates que se reduce a algunas excepciones y a los encuentros organizados por la FIM sobre la cuestión de las transiciones para concluir que estas no pueden reducirse solo a las transformaciones en el modo de producción. Entiende que aún es necesario seguir investigando y que el marxismo, depurado de la visión «esclerotizada de entreguerras», ofrece conceptualización y herramientas de análisis válidas para estudiar las crisis de las sociedades y los procesos de cambio.

En la segunda parte del libro, temáticamente muy diversa, José Antonio Piqueras se refiere al proceso de sustitución de Antiguo Régimen y la formación del capitalismo español, englobado en el debate sobre el fracaso de la revolución burguesa y el carácter semifeudal de la sociedad española. Una tesis influida por la teoría y la estrategia política del Partido Comunista defendida por Tuñón de Lara y otros historiadores. Analiza los rasgos del debate entre marxistas sobre la abolición de las relaciones feudales y la revolución burguesa hasta la aportación de Enric Sebastià que defendía la supresión del carácter coercitivo del dominio señorial y la sustitución de las relaciones feudales por unas contractuales que cimentarían las relaciones capitalistas. El mismo Piqueras coincidiría con Sebastià para mantener que la producción agraria e industrial, antes de la Segunda República ya estaba capitalizada y que la burguesía actúa como clase con la revolución para concluir que habían fracasado los aspectos democráticos pero no la revolución como tal⁹. Finaliza dando validez al marxismo para reinterpretar los cambios del siglo XVIII, el origen del capitalismo y el estado burgués y se pregunta sobre la desaparición de los marxistas en el ámbito historiográfico para afirmar que es un buen momento para revisar la época de la transición en el campo de la historiografía.

Francisco Cobo aborda la cuestión del comportamiento político del campesinado durante el primer tercio del siglo XX¹⁰. Consi-

⁹ Véase sobre estas cuestiones E. Sebastià y J. A. Piqueras, *Pervivencias feudales y revolución democrática*, Edicions Alfons el Magnànim-IVEI, Valencia, 1987 y *Agiotistas, negreros y partisanos. Dialéctica social en vísperas de la revolución Gloriosa*, Edicions el Magnànim-IVEI, Valencia 1991.

¹⁰ Agradecemos a Francisco Cobo, catedrático de la Universidad de Granada, su disponibilidad para colaborar en este libro cubriendo uno de los vacíos temáticos que observamos en el diseño inicial de las mencionadas jornadas.

dera agotada la tesis tradicional, mantenida por el pensamiento marxista hasta la Transición, que veía en la estructura de la propiedad de la tierra y en la escasa productividad los factores explicativos de la conflictividad rural. Cobo, quien ha prestado atención investigadora a las movilizaciones agrarias en las primeras décadas del siglo xx, achaca a la rigidez de esa corriente historiográfica el rechazo de otros factores explicativos, mientras que la metodología analítica de la sociología histórica y la «nueva» historia política y cultural le permiten ver en el control de los poderes locales o en las estrategias del pequeño propietario y sus alianzas las causas del comportamiento político del campesinado y su apoyo a las opciones políticas más beneficiosas para sus propios intereses, para en un momento contribuir a la consolidación de un estado liberal o a apoyar opciones antiparlamentarias para mostrar su frustración ante el abandono de esos intereses por la República.

Carlos Forcadell propone la actualización del debate que, en los años noventa, concluía con la aparente hegemonía de la historia cultural de lo social y el giro lingüístico, lo que suponía el final de la «vieja» historia social y del instrumental epistemológico del marxismo. La identidad de clase dejaba paso a la de ciudadanía que incluía sujetos culturales, políticos, religiosos o de género. Sin embargo, la crisis del capitalismo ha resucitado a Marx y los economistas vuelven la mirada hacia el pensador alemán para analizarla mientras los historiadores reactivan sus herramientas analíticas, sobre todo en los países anglosajones, no así en Francia, donde cualquier referencia al marxismo es descalificada de inmediato¹¹.

¹¹ En Francia la desafección al marxismo entre los intelectuales va más allá de la influencia de la marea posmodernista. Su origen hay que buscarlo en la lucha ideológica de la época de la Guerra Fría y la presencia de la CIA en los medios intelectuales franceses con la finalidad de debilitar la presencia del marxismo en la cultura y en la política francesa como demostró F. Stonor Saunders, *La CIA y la política cultural de la Guerra Fría* (1993) y ahora la desclasificación de nuevos documentos, como el informe *France: Defection of the Leftist Intellectuals* de diciembre de 1985 (The National Security Archive), muestran la valoración que la CIA hace de la derechización intelectual y la desafección hacia el marxismo en Francia, repasa la influencia de los Nuevos Filósofos y la situación de la Escuela de Annales en competencia con la historiografía marxista. K. Ross, *Fast Cars. Clean Bodies: Decolonization and the Reordering of French Culture* (1996) también destaca la influencia de las elites económicas de Estados Unidos en la consolidación de la Escuela de Annales. Sobre el tema véase G. Rockhill, «The CIA reads French theory: on the intellectual labor of dismantling the cultural

Repasa las aportaciones del marxismo hispano, con especial referencia al trabajo de Juan José Carreras¹² para mantener la validez analítica de las categorías conceptuales que emanan de una tradición marxiana que representan Gramsci, Thompson o Raymond Williams y su utilidad para enfrentarnos a la investigación del pasado, tarea para la que propone la búsqueda de un consenso historiográfico con algunas propuestas metodológicas que proceden del territorio de la posmodernidad.

En la parte dedicada a la Segunda República, Guerra Civil y el Franquismo, José Luis Ledesma revisa la historiografía sobre el periodo desde los trabajos del hispanismo anglosajón y francés y los del enfoque marxista que entendía la guerra como consecuencia del conflicto de clases, el temor de los grandes latifundistas ante los posibles cambios en la estructura de la propiedad, el avance del fascismo o la defensa del orden capitalista. Una visión sustituida en los años noventa por un marco analítico basado en categorías morales, mitos y creencias que conformaban identidades colectivas desde las que se explicaría la conflictividad social y la guerra. En la actualidad la investigación, desligada de las interpretaciones estructurales, pone el acento en la tesis de la responsabilidad compartida y centra la atención en actores concretos, para alejarse tanto de la antigua historia social como de los que han situado el giro lingüístico de la sociología histórica y la antropología como eje central de sus tesis. Ledesma plantea no desechar el enfoque analítico del materialismo histórico que, despojado de su dosis de teología, también puede ofrecer una visión global de la República y la Guerra Civil.

Julián Sanz analiza la historiografía sobre el franquismo y las nuevas investigaciones influidas por el marxismo y, en ese sentido, valora el trabajo promovido desde la sección de historia de la FIM para la renovación de la historia del Partido Comunista o los estu-

left», *Los Angeles Review of Books*, february, 2017 y M. Barker, «Why the CIA Cares About Marxism», en *Counterpunch*, june, 2017.

¹² Juan José Carreras Ares fue objeto de un Congreso de homenaje en 2016 («El legado de Juan José Carreras 10 años después») promovido por sus colegas de la Universidad de Zaragoza y completado con la edición de una recopilación de algunos de sus textos más significativos, véase *Juan José Carreras Ares, Lecciones sobre Historia*, edición e introducción de C. Forcadell Álvarez, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2016.

dios sobre la clase obrera y la conflictividad sociolaboral que, como una renovada lucha de clases, salieron del entorno de la Red de Archivos Históricos de las CCOO. Destaca los avances en la historia de las mujeres, relativos a su inserción en trabajo industrial y en el movimiento obrero y la importancia sociopolítica del Movimiento Democrático de Mujeres, así como los estudios sobre el fascismo que provienen de la tradición marxiana. Ve, en el agotamiento del posmodernismo, la necesidad de una confluencia paradigmática de los utillajes conceptuales y analíticos del marxismo con los de otras tendencias historiográficas, para construir una explicación global del periodo franquista en el marco de una amplia agenda investigadora que abarque desde las estructuras económicas de la historia social y las relaciones de producción a la historia cultural, las identidades y la historia de género.

En la cuarta parte del libro, Teresa María Ortega se apoya en teorías y métodos que proceden de la psicología social, la antropología y la sociología histórica, para defender una historia social y política que, en su opinión, ha superado la explicación tradicional sobre la construcción de la protesta colectiva en el Tardofranquismo y la Transición. Esa visión estaba influida en exceso por las corrientes marxistas que atribuían la protesta social y la lucha contra la dictadura a factores como el crecimiento económico y los cambios estructurales derivados del desarrollismo o a la acción política de los partidos y sindicatos. Propone ir más allá de esa visión mecanicista y defiende la construcción social de la realidad basada en formulaciones lingüísticas, mitos, símbolos, representaciones mentales, idealizaciones e intereses individuales, que permiten a los individuos interpretar la realidad y construir su concepción del mundo para integrarse en redes sociales responsabilizadas de coordinar y canalizar la acción colectiva durante el Franquismo y la Transición, lo que avala con las investigaciones realizadas por el grupo de estudios sobre el Franquismo y la Transición de Andalucía oriental.

En una posición diferente, Francisco Erice parte del retroceso del marxismo en el debate cultural y político del último tercio del siglo XX y la desafección de los intelectuales para cuestionar las ideas posmodernistas, rechazadas hace más de una década por algunos pensadores e historiadores. Erice cuestiona los «textos sobre textos» con escaso apoyo de la investigación empírica sobre la que teorizan para moverse más en el terreno de lo descriptivo que en el

analítico y sustituir la realidad y los rasgos de causalidad de la tradición marxista por el discurso como un acontecimiento lingüístico. Diferencia entre ficción y realidad histórica, sin la que «no puede haber historia» y con un soporte argumental que va de Gramsci a Harvey pasando por Callinicos, Vilar, Thompson, Hobsbawm, Fontana, Raymond Williams o Gustavo Bueno, defiende una visión renovadora del concepto de determinación, la noción de clase y de acción social, y la vigencia de la lucha ideológica y la fusión entre teoría e investigación empírica para ofrecer una batería de propuestas desde el marxismo que sin desdeñar las que se originan en la posmodernidad construir una historia con nuevos contenidos desde una vocación totalizadora en la línea de lo que Hobsbawm planeaba hace unos años.

Cierra el libro Josep Fontana que ve en *La ideología alemana*, los rasgos que mejor definen la concepción de desarrollo histórico de Marx, presentes también en *El 18 Brumario*, en las sucesivas introducciones de *El capital* y en algunas cartas y textos de los últimos años de su vida, en los que Marx escribe sobre los acontecimientos de su tiempo. Esos trabajos forman un corpus teórico muy alejado de la formulación esquemática del prefacio de la *Contribución a la crítica de la economía política*, utilizado como soporte conceptual del estructuralismo althusseriano. Fontana traza un recorrido por la historiografía marxiana, rechaza el «marxismo litúrgico» de recetas abstractas, causante de la fosilización de su pensamiento histórico y encuentra en Lubinskaya, Kossok o el cubano Manuel Moreno, interpretaciones novedosas del pasado que añade a las aportaciones de los historiadores franceses y sobre todo británicos que resistieron la crisis de los años sesenta, los ataques de M. Thatcher contra la historia social y la marea posmodernista del giro cultural y «la historia como una estructura verbal en forma de discurso narrativo». Mantiene la vigencia del aparato conceptual e instrumental de la tradición marxiana, depurado del esquematismo estaliniano, para afrontar los retos historiográficos del presente y analizar el capitalismo del siglo XXI, las causas de la crisis y el crecimiento ilimitado que genera una desigualdad social como nunca había existido en la historia y que amenaza las conquistas sociales de los dos últimos siglos de lucha.

Desde una perspectiva general, podemos concluir que los textos ofrecen algunas respuestas a las preguntas que planteábamos al

inicio de estas páginas y de su lectura se pueden extraer conclusiones más o menos generalizadas sobre la debilidad del marxismo hispano; sobre su presencia en nuestra historiografía y su contribución a la renovación epistemológica de la historia; su aportación a los debates sobre determinadas cuestiones y una importancia, no menor, en las investigaciones que han contribuido a profundizar en el conocimiento histórico.

Somos conscientes de que el presente político no es ajeno al debate historiográfico, como no lo fue durante el Franquismo y la Transición, ni lo fue en el final de siglo y también comprobamos que nada es inmutable. De ahí que ahora, superada la resaca intelectual generada por los acontecimientos políticos que tanto condicionaron el debate sobre las nuevas tendencias historiográficas en los años noventa y después de años de alejamiento epistemológico de la tradición marxiana, se percibe, entre los historiadores españoles como ya sucede en otros muchos países, una voluntad de retomar del arsenal teórico y conceptual del marxismo las herramientas analíticas que han mostrado su utilidad para analizar el capitalismo del siglo XXI y su validez para continuar profundizando en el conocimiento del pasado. En ese sentido, historiadores con un amplio bagaje investigador a sus espaldas apuestan por continuar el debate y por la búsqueda de un consenso historiográfico conscientes de que para construirlo será necesario ampliar nuestra mirada teórica e incorporar, en nuestro caso desde el marxismo, elementos e instrumentos metodológicos que pueden aportar otras tendencias historiográficas, para enfrentarnos con rigor argumental y solidez conceptual a los retos historiográficos del siglo XXI desde una agenda de investigación que va del pasado al presente sin perder la mirada de globalidad. El debate no ha concluido y esperamos que los lectores encuentren en las páginas del presente libro elementos para suscitar nuevas preguntas y nuevas polémicas que contribuirán a enriquecerlo.

Y por último y no por ello menos importante, no podemos dejar de mostrar nuestro profundo agradecimiento a los autores por su generosidad historiográfica que nos permite ofrecer la diversidad temática de los textos, sólidamente argumentados, que ponemos en manos de los lectores gracias a su disponibilidad personal para colaborar en este proyecto editorial.

V. LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE EL CONFLICTO RURAL Y LA POLITIZACIÓN CAMPESINA EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA. DEL MARXISMO A LA NUEVA HISTORIA POLÍTICA

Francisco Cobo Romero
Universidad de Granada

EL PUNTO DE PARTIDA. LA HEGEMONÍA DE LA HISTORIOGRAFÍA RURAL MARXISTA EN TORNO A LA EVOLUCIÓN DE LA AGRICULTURA Y LA CONFLICTIVIDAD RURAL

En la actualidad podría afirmarse que se han desvanecido por completo los, hasta no hace mucho tiempo, pertinaces planteamientos historiográficos sobre la conflictividad rural y el comportamiento político del campesinado español basados en los modelos teóricos o los paradigmas interpretativos surgidos a lo largo de las décadas de los setenta y los ochenta del pasado siglo xx. Tales modelos y paradigmas habrían heredado la tradicional visión decadentista de la agricultura española, nacida a principios del siglo xx por inspiración del regeneracionismo y posteriormente incorporada por la historiografía marxista de la mano de destacados intérpretes de la «visión socialista» sobre el fracaso de la revolución burguesa en España, tales como Antonio Ramos Oliveira¹.

Las interpretaciones historiográficas tradicionales venían atribuyendo la responsabilidad directa del mantenimiento de una eco-

¹ Para un mejor conocimiento del pensamiento agrario de Joaquín Costa entendido como componente sustancia del *regeneracionismo agrario*, consúltese C. Gómez Benito y A. Ortí, *Estudio crítico, reconstrucción y sistematización del corpus agrario de Joaquín Costa*, Huesca, Fundación Joaquín Costa e Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1996. Véase asimismo *Joaquín Costa. Escritos agrarios*, edición crítica, introducción y notas de C. Gómez Benito y A. Ortí, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1998. La recepción de algunos de los planteamientos teóricos del *regeneracionismo agrario* por parte de algunas destacadas personalidades del socialismo español del primer tercio del siglo xx ha sido descrita por M. Gómez Oliver y M. González de Molina, «Fernando de los Ríos y la cuestión agraria», en *Sistema* 152-153, (1999), pp. 197-224. Los principales planteamientos del marxismo español sobre las raíces agrarias del fracaso de la revolución burguesa en España pueden consultarse en: A. Ramos Oliveira, *Un drama histórico incomparable. España 1808-1939*, estudio preliminar de W. L. Bernecker, Pamplona, Urgoiti, 2017.

nomía agraria atrasada como la española a factores tales como el latifundismo, el desigual reparto de la tierra, la ineficacia productiva de la pequeña explotación agrícola, la ausencia de alternativas industrializadoras o la persistencia de bajos salarios pagados a la población jornalera. El mencionado atraso agrario sería juzgado como el principal responsable del escaso grado de diversificación de la estructura productiva nacional, así como de la lenta o nula incorporación de los logros alcanzados en materia de productividad, desarrollo tecnológico, diversificación productiva e industrialización por parte de las naciones europeas más desarrolladas. De acuerdo con tales interpretaciones, los bajos niveles de productividad de la tierra y el trabajo agrícola habrían sido los principales factores responsables de la persistencia de una mayoritaria población campesina empobrecida, con una escasa capacidad de demanda de productos manufacturados proveídos por la industria. El carácter raquíutico del mercado interno, la sobrepoblación jornalera y la abundancia de mano de obra barata en el sector rural, habrían actuado históricamente como factores disuasorios en el empleo de maquinaria agrícola o en la adopción de innovaciones tecnológicas aplicadas a los procesos de trabajo en la agricultura por parte de los propietarios y los cultivadores, acentuando aún más el deterioro de la capacidad competitiva de la agricultura española con respecto a la registrada por las agriculturas más avanzadas de la Europa occidental.

Desde el siglo XIX, la visión romántica de una agricultura rezagada y anclada en el más remoto pasado, donde las tradicionales formas campesinas de relación entre los hombres y el medio natural habían permanecido ajenas a las grandes transformaciones operadas por las revoluciones agrícola e industrial de la Europa septentrional, contribuyó poderosamente a la forja del *mito del atraso español*. Los componentes básicos de la explicación dada por el regeneracionismo noventayochista al atraso secular de la agricultura española se gestaron a través del aglutinamiento de diferentes tradiciones filosóficas, teóricas o conceptuales, indígenas muchas de ellas o venidas del exterior algunas otras. Muchas de las mencionadas tradiciones de pensamiento convergían en la inculpación que se hacía recaer sobre el desigual reparto de la tierra, o sobre el predominio de una agricultura latifundista, a la hora de explicar la aparente imposibilidad padecida por el sistema agrario para expe-

rimentar un prolongado fenómeno de adaptación modernizadora y potenciación de su capacidad productiva.

La mayor parte de los denominados «regeneracionistas» ponía un especial acento sobre los perniciosos efectos provocados por la desamortización decimonónica, enfatizando el consiguiente derrumbe de las eficientes instituciones comunitarias en manos del campesinado y los municipios a la hora de explicar el peculiar atraso padecido por el sistema agrario nacional². Muchas de las concepciones sostenidas por los socialistas españoles desde las primeras décadas del siglo XX en torno a la problemática del sector agrario remontaban su origen a los planteamientos defendidos por el regeneracionismo. Para la mayoría de todas estas conceptualizaciones, el epicentro de la supuesta parálisis padecida por la agricultura española se situaba en el declive de las tradicionales economías campesinas, con la consiguiente ruina de las instituciones comunitarias y municipales que sobre aquellas se fueron entrelazando. Tales fenómenos serían, a su vez, una directa derivación de las medidas decimonónicas de desamortización y la paralela aplicación de las leyes de abolición de señoríos.

El modelo de reforma agraria liberal prevaleciente en la agricultura española del ochocientos sería, por consiguiente, el responsable de la conformación de una estructura de la propiedad agraria instalada sobre el predominio de las grandes explotaciones en manos de una reducida burguesía predominantemente absentista, que habría condenado a la mera subsistencia a una ingente multitud de campesinos empobrecidos y jornaleros sin tierra. Junto a todas estas precisiones, el denominado *mito del atraso* se habría alimentado, con especial relevancia, de las percepciones obtenidas sobre las dificultades para el crecimiento agrario observadas en las provincias meridionales peninsulares. Las escasas modificaciones que a lo largo del siglo XIX experimentaron las estructuras de la propiedad de la tierra en la práctica totalidad de la agricultura española serían atribuidas, en consecuencia, a la consolidación de una poderosa e inmóvil burguesía agraria. Por tanto, el pensamiento agrario espa-

² Al respecto de todo esto puede consultarse P Ruiz Torres, «La historiografía de la “cuestión agraria” en España», en R. Villares *et al.*, *Josep Fontana. Historia y proyecto social. Jornadas de debate del Institut Universitari d'Història Jaume Vicens*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 149-237.

ñol del primer tercio del siglo xx continuaba estrechamente asociado a determinados moldes teóricos e interpretativos. Muchos de ellos responsabilizaban al supuesto atraso agrícola del deficiente grado de industrialización padecido por la economía nacional. De la misma forma que culpabilizaban a un sector agrario pretendidamente estancado e inmóvil del marasmo en nuestros niveles de progreso social y económico. La fortaleza y la capacidad de persuasión atesoradas por las referidas tradiciones intelectuales habrían resultado, sin duda alguna, proverbiales, dando como resultado la generalizada convicción, entre la izquierda marxista española de la década de los treinta, de que el fracaso de las incipientes experiencias industrializadoras y el atraso atávico del sistema productivo no fueron sino consecuencias directas de la persistencia del latifundismo.

Tras la conclusión del régimen franquista, numerosos factores se conjugaron en los ámbitos universitarios, y en los círculos académicos, para favorecer una reinterpretación del paradigma tradicional y pesimista en torno al supuesto atraso de la agricultura española y su inculpación el todo lo relacionado con el débil proceso de industrialización nacional. No obstante, el peso ejercido por el pensamiento marxista y el materialismo histórico sobre la historiografía académica dominante durante los años de la transición democrática permitió que el paradigma interpretativo del atraso agrícola y sus nefastas repercusiones sobre la industrialización, la debilidad de la burguesía nacional y el fracaso de la revolución burguesa, continuase prevaleciendo hasta bien entrada la década de los noventa del pasado siglo xx.

Junto a todo lo anterior, una vasta corriente historiográfica, de inspiración marxista, preocupada por el estudio de la conflictividad rural y sus repercusiones políticas o sociales, se convirtió en hegemónica entre los principales representantes de toda una generación de historiadores profesionales que ejercieron su labor académica e investigadora durante las décadas finales del pasado siglo xx. Casi todos los estudios e investigaciones inspirados por la mencionada corriente historiográfica asumían, de manera más o menos consciente, las hipótesis contenidas en las teorizaciones del denominado *marxismo agrario*³. En consecuencia establecían vínculos determi-

³ V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia. El proceso de la formación de un mercado interior para la gran industria*, Barcelona, Ariel, 1974. Un buen análisis de

nantes entre la estructura social agraria y el predominio de un específico «modo de producción» capitalista en la agricultura, que habría ido configurándose gracias a la penetración de nuevas relaciones mercantiles y capitalistas en el seno de las principales prácticas de producción y comercialización de materias primas y alimentos. De acuerdo con esta conceptualización, el conflicto rural emanaría directamente de la creciente bipolarización surgida entre ricos propietarios y jornaleros desposeídos, fenómeno este último derivado de la profundización de las relaciones capitalistas de producción en la agricultura. Para las interpretaciones historiográficas instaladas sobre el bagaje teórico descrito, los grandes terratenientes latifundistas constituirían una «temprana burguesía agraria»⁴ enfrentada a los jornaleros. Estos últimos sostendrían una relación salarial de carácter típicamente capitalista que los asimilaba, en sus comportamientos económicos y conflictivos, a la clase obrera e industrial de raíz urbana. Por consiguiente, casi todos ellos estaban llamados a construir una nueva organización de la economía agraria sobre bases solidarias, comunitarias y colectivistas.

En estrecha relación con todo lo anterior, la rigidez de los postulados teóricos sobre los que se edificó buena parte de la historiografía social de corte marxista surgida en los años sesenta y setenta del pasado siglo XX en torno al desarrollo agrícola y la conflictividad rural, condujo al desplazamiento y la marginación del campesinado de los pequeños propietarios, arrendatarios y aparceros de los escenarios de las luchas políticas y sindicales sostenidas entre ricos propietarios y jornaleros⁵. El campesinado medio de los modestos propieta-

los principales rasgos teóricos del «marxismo agrario» puede hallarse en E. Sevilla Guzmán, «Los marcos teóricos del pensamiento social agrario», en C. Gómez Benito y J. J. González Rodríguez (eds.), *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*, Madrid, MAPA-CIS, 1997, pp. 25-69. Véase asimismo K. Kautsky, *La cuestión agraria. Análisis de las tendencias de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia*, Madrid, Siglo XXI de España, 1984.

⁴ A. Miguel Bernal, *La lucha por la tierra en la crisis del Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus, 1979.

⁵ D. Castro Alfin, «Anarquismo y jornaleros en la Andalucía del siglo XIX», en E. Sevilla Guzmán y K. Heisel (eds.), *Anarquismo y movimiento jornalero en Andalucía*, Córdoba, Ediciones de La Posada, 1988; J. Maurice, *La reforma agraria en España en el siglo XX*, Madrid, Siglo XXI de España, 1975 y *El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas, 1868-1936*, Barcelona, Crítica, 1990; F. Pascual Cevallos, *Luchas agrarias en Sevilla durante la Segunda República*, Sevilla, Publicaciones de la Diputación Provin-

rios y arrendatarios era considerado un reducto social que persistía debido a que los procesos de implantación del capitalismo agrario no habían alcanzado su plenitud. No obstante, el campesinado estaba irremediabilmente llamado a su disminución numérica y a su postergación, como si se tratase de una reminiscencia del pasado indefectiblemente asociada a la irremediable extinción de pretéritas formas de la producción en permanente retroceso. De todo ello se deducía la incapacidad del campesinado de los pequeños propietarios y arrendatarios para sostener posiciones políticas autónomas, e incluso para articular respuestas políticas independientes orientadas hacia la defensa de sus específicos intereses materiales o culturales⁶.

En consonancia con esto último, la interpretación marxista del conflicto rural en la España contemporánea –que con tanta fuerza contribuyó durante las décadas de los setenta y los ochenta del siglo xx a la solidificación de aquella imagen de una nación periférica, irredenta, marginada y atrasada– ha privilegiado aquellas manifestaciones y expresiones de la lucha colectiva de los jornaleros, organizados política y sindicalmente, que aspiraban a una profunda transformación de la estructura de la propiedad de la tierra y a la edificación de un nuevo «orden rural» inspirado en el reparto igualitario de los recursos agrícolas y en la plena colectivización de la tierra. De todo lo anterior se deriva la persistente indiferencia o el reiterado menosprecio con que la mencionada historiografía marxista ha tratado todas aquellas otras expresiones del conflicto

cial, 1983; A. María Calero Amor, *Movimientos sociales en Andalucía, 1820-1936*, Madrid, Siglo XXI de España, 1976; P. Yruela, *La conflictividad campesina en la provincia de Córdoba, 1931-1936*, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1979; M. Tuñón de Lara, *Luchas obreras y campesinas en la Andalucía del siglo xx. Jaén (1917-1920), Sevilla (1930-1932)*, Madrid, Siglo XXI de España, 1978; M. Tuñón de Lara, *Tres claves de la Segunda República. La cuestión agraria, los aparatos del Estado, Frente Popular*, Madrid, Alianza, 1985; L. Garrido González, *Riqueza y tragedia social. Historia de la clase obrera en la provincia de Jaén (1820-1939)*, Jaén, Excelentísima Diputación Provincial, 1990.

⁶ Por mencionar tan solo un detalle, aún cuando indudablemente significativo, señalaremos que en su análisis sobre los orígenes agrarios de la Guerra Civil española, Edward Malefakis considera únicamente la actuación política de los jornaleros de la Andalucía occidental, sin tener en cuenta la importancia política del pequeño campesinado andaluz, y especialmente de los pequeños propietarios y arrendatarios agrícolas de la Andalucía oriental. Véase E. Malefakis, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo xx*, Barcelona, Ariel, 1980 y «Los campesinos, la política y la guerra civil en España, 1931-1939», *Agricultura y Sociedad* 8, julio-septiembre, 1978, pp. 9-60.

rural desplegadas en torno al control de los poderes locales, la regulación de los mercados laborales o la fijación de tasas y aranceles en los mercados de productos agrícolas. En esos otros ámbitos, el campesinado de los pequeños propietarios y arrendatarios rústicos ha definido en múltiples ocasiones estrategias políticas particulares, procediendo al establecimiento de alianzas más o menos duraderas con otros colectivos rurales que han contribuido a la solidificación o a la desestabilización de determinados regímenes políticos.

Podríamos afirmar, pues, que la historiografía reciente –o no tan reciente– sobre el conflicto rural en la España contemporánea ha mostrado un reiterado menosprecio, hasta hace muy poco tiempo, hacia el análisis de los comportamientos políticos del campesinado de los modestos propietarios y arrendatarios. Esta característica negativa, mostrada por la mayor parte de las interpretaciones tradicionales sobre la conflictividad rural de la España contemporánea, se ve aún agravada si tenemos en cuenta la ausencia casi absoluta de investigaciones centradas en el comportamiento político y electoral de los pequeños propietarios y arrendatarios durante el primer tercio del siglo xx. Apenas conocemos los pormenores del proceso de fragmentación surgido en el seno del campesinado español a medida que se fue afianzando el mercado capitalista de productos agrarios y se fue consolidando la integración de amplios estratos de modestos propietarios y arrendatarios en los ámbitos de la arena pública y las manifestaciones de la vida política local y nacional.

En buena parte debido a todo ello, todavía hoy precisamos de la publicación de investigaciones rigurosas centradas en el comportamiento político de los pequeños propietarios y arrendatarios durante la determinante coyuntura histórica en la que se fraguó la crisis del modelo caciquil de dominación rural, el denominado «trienio bolchevique» o los decisivos años de la crisis agraria, política y social de los comienzos de la década de los treinta, a fin de dilucidar el alcance del respaldo que aquellos pudieron prestar a la coalición antidemocrática que inspiró el golpe de estado de julio de 1936. Sabemos muy poco acerca de las diferentes alianzas políticas que se entablaron entre los distintos colectivos del medio rural español entre los años 1931 y 1936. Debido a esto último, todavía siguen prevaleciendo las conclusiones ofrecidas por los estudios tradicionales, que localizaban los apoyos campesinos a las derechas republicanas agraristas de manera casi exclusiva entre los peque-

ños propietarios y arrendatarios rústicos de las regiones del norte y el noreste peninsular –Castilla y León, Galicia, Asturias, Cantabria y Aragón⁷–. Tales conclusiones se basaban en un análisis de las divisiones políticas y sociales y de los alineamientos de clase configurados por la confesionalidad religiosa, atribuyendo de esta forma al campesinado del norte peninsular una vinculación a los programas políticos de la patronal agraria únicamente sustentada en la defensa común de los principios del catolicismo tradicionalista. La abrumadora presencia, en las cortes republicanas de 1931 y 1933, de representantes de la minoría agraria procedentes de las provincias castellano-leonesas y de otras regiones del norte y el noreste español, ha contribuido a forjar la imagen arquetípica de un campesinado profundamente católico y conservador, preferentemente localizado en dichas comunidades territoriales, donde coexistían la pequeña y la gran propiedad agraria en un precario equilibrio. De igual manera, tal campesinado se hallaría altamente influido, en el transcurso de la crisis agraria coincidente con el régimen democrático republicano, por las propuestas de orden social y organización corporativa de la producción agraria y de la regulación de los mercados agrícolas, emanadas de la derecha agrarista y de la Confederación Española de Derechas Autónomas⁸.

No obstante, aún desconocemos casi en su integridad el conjunto de las actitudes políticas mostradas por los campesinos de extensas comarcas agrícolas ubicadas en un abundante número de regiones agrícolas peninsulares durante el transcurso del régimen republicano, para quienes el discurso católico de las derechas no significaba el

⁷ E. Malefakis, «Los campesinos, la política...», *Agricultura y Sociedad* 8, 1998, pp. 35-36. Un ejemplo del comportamiento político del campesinado castellano-leonés durante el régimen de la Segunda República en M. A. Mateos Rodríguez, *La República en Zamora (1931-1936). Comportamiento político electoral de una sociedad tradicional*, Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos, 1988.

⁸ La procedencia geográfica de los parlamentarios integrantes de la minoría agraria derechista en A. López López, *El boicot de la derecha a las reformas de la Segunda República. La minoría agraria, el rechazo constitucional y la cuestión de la tierra*, Madrid, Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios, 1984; la influencia doctrinal e ideológica de la Confederación Española de Derechas Autónomas sobre el campesinado castellano-leonés, aragonés o cántabro en J. Montero, *La CEDA. El catolicismo social y político en la Segunda República*, Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1977 y en J. J. Castillo, *Proprietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino*, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1979.

principal, ni el único, componente de su movilización política o electoral. De igual forma, aún escasean las investigaciones y estudios centrados en el comportamiento electoral del campesinado español durante los años iniciales de la década de los treinta. Puede afirmarse que, en términos generales, aún siguen prevaleciendo los análisis electorales de carácter eminentemente cuantitativo en el panorama de los estudios políticos sobre la Segunda República y la crisis de los treinta en la España rural. La mayor parte de las investigaciones de esta naturaleza llevadas a cabo para las provincias españolas continúan adoleciendo del empleo de una metodología tradicional, que no ha logrado desvelar el comportamiento político diferenciado de los diferentes grupos sociales rurales⁹. Teniendo en cuenta la importancia creciente otorgada por las actuales investigaciones al papel decisivo desempeñado por el campesinado europeo en la difícil coyuntura de entreguerras, la profundización en el conocimiento de las opciones políticas adoptadas por el campesinado español en ese mismo periodo encuentra una más que adecuada justificación.

CAMPESINADO Y POLÍTICA. LA RENOVACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA EUROPEA Y SUS REPERCUSIONES SOBRE LA RECIENTE HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

Desde finales de la década de los ochenta y a lo largo de la década de los noventa ha proliferado en el seno de la mejor historiografía rural europea una serie de interpretaciones renovadoras acerca del papel político de primer orden desempeñado por el campesinado y los jornaleros en la transformación, el mantenimiento o la emergencia de distintos regímenes políticos. Así pues, frente a las interpretaciones tradicionales sobre el fascismo, enten-

⁹ Por citar tan solo un ejemplo, señalaremos que, pese a existir una relativamente abundante bibliografía centrada en el análisis de los resultados electorales de las contiendas de 1931, 1933 y 1936 en las distintas provincias andaluzas, casi ninguno de estos estudios recoge el comportamiento político y electoral diferenciado de los distintos segmentos de la población rural. Para la provincia de Cádiz destaca el meritorio trabajo de D. Caro Cancela, *La Segunda República en Cádiz. Elecciones y partidos políticos*, Cádiz, Diputación, 1987, donde se refleja un detallado análisis cuantitativo de las contiendas electorales y se muestran algunos ejemplos donde se establecen relaciones entre resultados electorales y composición social de los diferentes distritos.

dido como una reacción política antidemocrática exclusiva de las clases medias bajas urbanas, los estudios más recientes han empezado a considerar el papel desempeñado en su gestación por la clase media alta, algunas fracciones de la clase obrera cualificada y el campesinado de pequeños propietarios y arrendatarios.

Uno de los mejores trabajos en esta dirección ha sido la compilación de diferentes investigaciones acerca de los comportamientos políticos experimentados por las «clases medias bajas» europeas durante el periodo de entreguerras, reunidas en una obra colectiva coordinada por Rudy Koshar¹⁰. En la introducción a esta obra, Koshar sostiene que, en este decisivo periodo histórico, los sectores inferiores de las clases medias plantearon reivindicaciones propias ante las instancias estatales. También indica que, en la mayor parte de los casos, se comportaron de una manera enteramente autónoma e independiente de las supuestas manipulaciones sobre ellas ejercidas por las elites tradicionales o por los emergentes partidos fascistas.

La aparición, en 1991, del meritorio estudio de Gregory M. Luebbert¹¹ sobre el análisis sociológico e histórico de las diferentes causas que motivaron la aparición de regímenes políticos de diferente naturaleza durante el periodo de entreguerras, ha significado un avance decisivo en la reinterpretación de los orígenes sociales e históricos del fascismo. Para Luebbert, las explicaciones sobre el éxito o el fracaso de los regímenes liberal-parlamentarios de los más importantes países de Europa occidental, deben rastrearse en el modo en que cada uno de ellos resolvió los problemas relacionados con la implantación de los regímenes liberales desde mediados del siglo XIX. De acuerdo con sus análisis, los regímenes fascistas de la Europa occidental no serían ya el resultado simplista de una rebelión protagonizada por las clases medias preferentemente urbanas, sino que, desde una perspectiva enriquecedora, serían contemplados como una más de las múltiples soluciones en pugna propuestas para la resolución de la

¹⁰ R. Koshar (ed.), *Splintered Classes. Politics and the Lower Middle Classes in Interwar Europe*, Nueva York, Holmes and Meier, 1990.

¹¹ G. M. Luebbert, *Liberalism, Fascism or Social Democracy: Social Classes and the Political Origins of Regimes in Interwar Europe*, Oxford, Oxford University Press, 1991. Los planteamientos teóricos contenidos en esta obra fueron formulados inicialmente en «Social Foundations of Political Order in Interwar Europe», en *World Politics* 39, 4, 1987 (julio), pp. 449-478.

crisis múltiple del periodo de entreguerras. Luebbert asigna una destacada función al campesinado europeo en las pugnas políticas que desembocaron en los diferentes modelos de organización del estado. Sin embargo, no profundiza suficientemente en el análisis de aquellos países en los que el campesinado actuó como un protagonista decisivo en la adopción de soluciones de carácter fascista.

Más recientemente aún, y desde el ámbito de la sociología histórica, Michael Mann¹² contribuyó eficazmente al enriquecimiento de nuestras percepciones sobre el comportamiento político de las clases medias y el campesinado de Europa occidental en el periodo que se extiende a lo largo de las décadas finales del siglo XIX y las iniciales del XX. Mann ha demostrado la versatilidad de los segmentos sociales intermedios, su capacidad de autorreproducción y el éxito de sus estrategias de adaptación a las necesidades del capitalismo europeo e internacional. Desmiente que el supuesto «desplazamiento» político de las clases medias, provocado por el ascendente protagonismo de la clase trabajadora organizada y por el afianzamiento de las prácticas monopolistas y corporativistas del nuevo capitalismo industrial, significase el elemento explicativo principal de los orígenes del fascismo europeo de entreguerras. Entendiendo al campesinado de los pequeños propietarios o arrendatarios agrícolas como un componente social decisivo de las clases medias europeas, Mann construye un discurso innovador alrededor del protagonismo atribuible a este último en las luchas políticas de la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX.

En primer lugar afirma que el campesinado no es de derechas ni de izquierdas, sino que a lo largo del tiempo descrito, y en función de las formas políticas estatales existentes o las alianzas establecidas entre los distintos grupos sociales, se ha adherido a las propuestas que, alternativamente, ha considerado más beneficiosas para sus intereses. Admite asimismo la enorme capacidad de formulación de respuestas políticas propias por parte del campesinado de los pequeños propietarios y arrendatarios frente a las tensiones generadas por una agricultura cada vez más inserta en los circuitos mercantiles, así como cada vez más dependiente de los mercados urbanos o de

¹² M. Mann, *The Sources of Social Power. Volume II*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993. Véase también A. Kane y M. Mann, «A Theory of Early Twentieth-Century Agrarian Politics», en *Social Science History* 16, 3, 1992 (otoño), pp. 421-454.

los insumos de la industria. De esta forma desactiva el tradicional escepticismo mostrado por el marxismo ortodoxo con respecto a la capacidad de organización política del campesinado europeo. Teniendo en cuenta la interrelación cada vez mayor existente en la Europa occidental de los comienzos del siglo xx entre agricultura, producción industrial y mercados capitalistas, Mann sostiene que el campesinado se ha visto arrastrado a la participación en las luchas políticas nacionales. La creciente integración política del campesinado europeo-occidental en la vida política nacional, debe entenderse, pues, como el resultado de la dependencia cada vez mayor de sus intereses con respecto a las políticas gubernamentales reguladoras de los mercados y los precios de los productos agrícolas. Persigue, por tanto, la finalidad de que aquel pueda ocupar una privilegiada posición de negociación y presión frente al estado para asegurar la defensa de sus intereses frente a las grandes corporaciones industriales, o las necesidades de los grandes propietarios rústicos. De esta forma, el campesinado se ha convertido en un protagonista político decisivo de los estados liberal-parlamentarios de los comienzos del siglo xx. Su indiscutible integración en la política nacional y la multiplicidad de alianzas sostenidas con un amplio espectro de grupos sociales diferenciados, hacen pensar que el campesinado ha sido un actor político crucial en la crisis del periodo de entreguerras.

En consonancia con la creciente atención prestada por la historiografía sobre el fascismo al papel desempeñado por el campesinado en el apoyo electoral y político a las opciones antiliberales y antiparlamentarias, han proliferado numerosos estudios regionales que han modificado las tradicionales respuestas otorgadas a esta cuestión. Para el caso de Alemania, el gran avance experimentado por los estudios sobre la composición social del Partido Nacional-socialista Obrero Alemán, nos ha permitido conocer cómo este último se convirtió, desde 1928 en adelante, en un auténtico partido «multiclasista», e incluso en un *catch all party* que movilizaba políticamente a amplios sectores de las clases medias altas y bajas, al campesinado protestante –e incluso a parte del católico– y a porciones considerables de la clase obrera cualificada¹³. Investigacio-

¹³ Al respecto puede consultarse D. Blackbourn y R. J. Evans, «The Middle Classes and National Socialism», en D. Blackbourn y R. J. Evans (eds.), *The German Bourgeoisie*, Routledge, Londres y Nueva York, 1991. Para el ascenso electoral de los nazis

nes relativamente recientes han insistido en la decisiva aportación del campesinado de algunos países de Europa occidental al auge y, en algunos casos, al posterior triunfo de las propuestas fascistas y antiliberales. El caso específico de los orígenes agrarios del fascismo italiano ha sido ampliamente debatido por una vasta bibliografía¹⁴. Incluso para el caso de Francia, el alineamiento de buena parte del campesinado católico en torno a los programas corporativistas, fascistas y antiparlamentarios surgidos en el esce-

y la composición social del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, consúltense las siguientes obras: Th. Childers, *The Nazi Voter. The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1933*, Londres, Chapel Hill, 1983 y Th. Childers (ed.), *The Formation of the Nazi Constituency, 1919-1933*, Londres, 1986; R. F. Hamilton, *Who voted for Hitler?*, Princeton, Princeton University Press, 1982; M. M. Kater, *The Nazi Party. A Social Profile of Members and Leaders, 1919-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; O. Heilbronner, «The Failure that Succeeded: Nazi Party Activity in a Catholic Region in Germany, 1929-1932», en *The Journal of Contemporary History* 27, 3, 1992 (julio), pp. 531-549 y «Catholic plight in a rural area of Germany and the rise of the Nazi party», en *Social History* 20, 2, 1995 (mayo), pp. 219-234. Véase también R. Koshar, «From *Stammtisch* to Party: Nazi Joiners and the Contradictions of Grass Roots Fascism in Weimar Germany», en *The Journal of Modern History* 59, 1, 1987 (marzo), pp. 1-24; D. Mühlberger, «The Occupational and Social Structure of the NSDAP in the Border Province Posen-West Prussia in the early 1930s», en *European History Quarterly* 15, 3, 1985 (julio), pp. 281-311. Sobre el campesinado alemán y la política véase: R. G. Moeller, *German Peasants and Agrarian Politics, 1914-1924: The Rhineland and Westphalia*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1986 y R. G. Moeller (ed.), *Peasants and Lords in Modern Germany. Recent Studies in Agricultural History*, Boston, Allen and Unwin, 1986.

¹⁴ Un trabajo pionero de los años setenta ya puso de manifiesto la necesidad de indagar en el comportamiento político de los pequeños aparceros, arrendatarios y modestos propietarios agrícolas del norte y el centro de Italia para comprender mejor el apoyo campesino al fascismo. Al respecto véase F. M. Snowden, «On the Social Origins of Agrarian Fascism in Italy», *Archives Européennes de Sociologie* XIII, 2, 1972, pp. 268-295. Después aparecieron las siguientes obras F. M. Snowden, *Violence and Great Estates in the South of Italy, Apulia, 1900-1922*, Cambridge y Londres, Cambridge University Press, 1986; F. M. Snowden, *The Fascist Revolution in Tuscany 1919-1922*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989; F. M. Snowden, «The City of the Sun: Red Cerignola, 1900-1915», en R. Gibson y M. Blinkhorn (eds.), *Landownership and Power in Modern Europe*, Nueva York y Londres, Harper Collins Publishers, 1991, pp. 199-215; G. Crainz, *Padania. Il mondo dei braccianti dall'Ottocento alla fuga dalle campagne*, Roma, Donzelli Editore, 1994; F. Cazzola, *Storia delle campagne padane dall'Ottocento a oggi*, Milano, Bruno Mondadori, 1996; A. L. Cardoza, *Agrarian Elites and Italian Fascism. The Province of Bologna, 1901-1926*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1982; A. L. Cardoza, «Commercial agriculture and the crisis of landed power: Bologna, 1880-1930», en R. Gibson y M. Blinkhorn (eds.), *Landownership and Power... op. cit.*, pp. 181-198.

nario de las luchas políticas y sociales del periodo de entreguerras, ha puesto sobradamente de manifiesto la repetida importancia del comportamiento político del campesinado en esta etapa¹⁵.

En consecuencia con todo lo anteriormente expuesto, podemos entender mejor aún la necesidad de proceder a la realización de estudios detallados sobre el comportamiento político del pequeño campesinado español, especialmente en aquellas provincias y comarcas rurales donde su presencia resultaba más significativa e importante. Sobre todo porque de esta forma podremos extraer nuevas conclusiones acerca de los efectos que sobre las economías campesinas provocaron las distintas políticas agrarias que se sucedieron desde la crisis del sistema político de la Restauración hasta el estallido de la Guerra Civil. Asimismo, es necesario saber en qué medida las alianzas políticas que el campesinado de los pequeños propietarios y arrendatarios estableció con la patronal rural y la burguesía agraria contribuyeron al golpe militar de julio de 1936 y al triunfo de las opciones fascistas en las controversias políticas de la época. Debemos preguntarnos igualmente en qué medida las propuestas corporativistas, católicas, tradicionalistas e incluso autoritarias, inspiradas por la gran patronal rural y la burguesía agraria que defendió finalmente el golpe militar franquista, contaron con el respaldo previo de amplias fracciones del campesinado español, que manifestaría así su repulsa al régimen republicano y a la democracia parlamentaria.

La nueva historiografía española de los estudios campesinos aparecida a comienzos del siglo XXI ha recogido en buena medida el fértil legado de la renovación historiográfica europea en torno a la movilización política del campesinado a la que acabamos de hacer referencia. La situación del campesinado español conoció sustan-

¹⁵ K. Passmore, «The French Third Republic: Stalemate Society or Cradle of Fascism?», en *French History* 7, 4, 1993 (diciembre), pp. 417-449 y *From Liberalism to Fascism. The Right in a French Province, 1928-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997; R. O. Paxton, *Le temps des chemises vertes. Révoltes paysannes et fascisme rural 1919-1939*, París, Seuil, 1996, y *French peasant fascism: Henry Dorgère's Green-shirts and the crises of French agriculture, 1929-1939*, Nueva York, Oxford University Press, 1997. Véase también G. Duby y A. Wallon (eds.), *Histoire de la France rurale* (4 vols.), Vol. IV, París, Éditions du Seuil, 1976 y M. C. Cleary, *Peasants, politicians, and producers: the organisation of agriculture in France since 1918*, Cambridge, Nueva York, Cambridge University Press, 1989.

ciales modificaciones en los últimos años del siglo XIX y los iniciales del XX. De una parte, la privatización de uso y jurídica de amplios espacios agrarios de anterior aprovechamiento vecinal redujo las oportunidades de obtención, por parte de la población rural, de bienes y artículos extraídos de las denominadas tierras comunales¹⁶. Esto último condicionó una mayor dependencia de los pequeños propietarios o arrendatarios respecto a los mercados capitalistas en expansión. De la misma manera que condenó a los jornaleros a disponer casi únicamente, para su subsistencia, de los salarios percibidos mediante su contratación por los patronos agrícolas¹⁷. Por otra parte, la extensión de determinados cultivos intensivos en trabajo, cada vez más orientados hacia la venta de sus excedentes en los mercados, permitió al pequeño campesinado un perceptible incremento de su renta disponible. Esto último lo capacitó, a su vez, para un acceso más fácil a la propiedad o al cultivo directo de la tierra¹⁸.

La restauración de las condiciones de competitividad internacional, una vez superado el conflicto mundial de 1914-1918, reforzó las estrategias patronales capitalistas, encaminadas hacia la maximización del beneficio y el incremento de la productividad. Todo ello llevó aparejada la estricta aplicación de criterios rentabilistas —fuertemente contestados por los jornaleros de numerosas comarcas agrícolas— en un buen número de explotaciones rústicas, algunas de ellas regentadas por pequeños y modestos propietarios o arrendatarios que habían conocido una cierta prosperidad al calor de la expansión agraria posterior a la «crisis finisecular». La conjunción de las circunstancias descritas dio paso a un incremento de las relaciones salariales sostenidas entre el conjunto de los grupos sociales rurales. Pero, sobre todo, impulsó una mayor frecuencia en las relaciones laborales mantenidas entre los modestos labradores y los jornaleros

¹⁶ Véase GEHR (Grupo de Estudios de Historia Rural), «Más allá de la “propiedad perfecta”. El proceso de privatización de los montes públicos españoles (1859-1926)», en *Noticiario de Historia Agraria* 8 (1994), pp. 99-152; F. Cobo Romero, S. Cruz Artacho y M. González de Molina, «Privatización del monte y protesta campesina en Andalucía Oriental (1836-1920)», en *Agricultura y Sociedad* 65 (1992), pp. 253-302.

¹⁷ M. González de Molina y M. Gómez Oliver (coords.), *Historia contemporánea de Andalucía. Nuevos contenidos para su estudio*, Granada, Junta de Andalucía, 2000, pp. 249-252.

¹⁸ J. F. Zambrana Pineda, *Crisis y modernización del olivar*, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1987.

de numerosas comarcas agrícolas de Andalucía, Castilla-La Mancha, Extremadura, Murcia o el Levante.

Al igual que aconteciera en otras muchas regiones agrícolas de la Europa occidental y mediterránea, la agricultura española experimentó, desde las décadas finales del siglo XIX y durante el primer tercio del XX, un poderoso fenómeno de readaptación a las nuevas necesidades de los mercados internacionales. Esta y otras transformaciones hicieron posible asimismo un importante cambio en las características de la población rural de numerosísimas comarcas dispersas por casi toda la geografía nacional. Pero al mismo tiempo, y alentado por la fase expansiva que conoció la economía española durante el primer tercio del siglo XX, tuvo lugar en otras muchas poblaciones agrícolas un significativo incremento del conjunto de la población activa agraria. Este último fenómeno impulsó el crecimiento, tanto de los pequeños propietarios y arrendatarios¹⁹, como de los jornaleros²⁰. La urgencia con que debían efectuarse determinadas faenas de recolección, y la fuerte dependencia de algunas de ellas respecto al aporte de abundante mano de obra agrícola, obligó incluso a los pequeños propietarios y arrendatarios a recurrir, con una frecuencia cada vez mayor, a la contratación periódica de jornaleros y asalariados. Todos ellos se vieron abocados, en consecuencia, a entablar constantes relaciones laborales²¹. De tal manera que, en determinadas coyunturas sociopolíticas en las que las posiciones negociadoras de los jornaleros se vieron favorecidas, o en las que la crisis agraria endureció las posiciones patronales, los desacuerdos desembocaron en auténticas oleadas huelguísticas. Desde la crítica coyuntura significada por la neutralidad española en la Gran Guerra comenzaron a predominar, en buena parte de la agricultura española, aquellas expresiones huelguísticas y conflictivas centradas en la reclamación de incrementos salariales, o relacionadas con las

¹⁹ F. Cobo Romero, *Conflicto rural y violencia política. El largo camino hacia la dictadura. Jaén, 1917-1950*, Jaén, Universidad de Jaén, 1998, pp. 104-109.

²⁰ F. Cobo Romero y M. González de Molina, «Obrerismo y fragmentación del campesinado en los orígenes de la Guerra Civil en Andalucía», en M. González de Molina y D. Caro Cancela (eds.), *La utopía racional. Estudios sobre el movimiento obrero andaluz*, Granada, EUG, 2001, pp. 221-282, véanse especialmente las pp. 238-245.

²¹ A. López Estudillo, «Los mercados de trabajo desde una perspectiva histórica: El trabajo asalariado agrario en la Andalucía Bética (la provincia de Córdoba)», en *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros* 211, 3, (2006), pp. 63-119.

condiciones específicas en que se efectuaba la contratación de la mano de obra jornalera²². Este notable sesgo en la orientación del conflicto rural quizá provocase un aguda aproximación entre las asociaciones de defensa de los jornaleros, surgidas desde principios del siglo xx, y los postulados reformistas o gradualistas sostenidos por los socialistas de la Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista Obrero Español. Esto puede explicar la insólita expansión de estas últimas organizaciones por numerosas provincias de Andalucía, Castilla y León, Castilla-La Mancha o Extremadura durante el periodo 1918-1920. Asimismo, junto a la creciente polarización existente en la sociedad rural, comenzaron a hacerse perceptibles desde los comienzos del siglo xx las intensas fracturas aparecidas en el seno del campesinado mismo. Esto último fue el resultado de que los modestos labradores comenzasen a adoptar posiciones cercanas a las defendidas por la gran patronal agraria, sobre todo a la hora de rentabilizar sus pequeños fundos. El fenómeno de segmentación interna del campesinado comenzó, pues, a dibujarse con nitidez desde el llamado «*trienio bolchevista*» de 1918-1920²³. Así pues, los viejos alineamientos verticales sobre los que se sostuvieron las tradicionales relaciones de patronazgo y dominio clientelar, se fueron debilitando a medida que transcurrían las primeras décadas del siglo xx. Pero, de manera especial, cuando emergieron los sindicatos de obreros agrícolas de signo izquierdista o revolucionario a lo largo del periodo 1903-1920.

De manera paralela al fenómeno de transformación agraria y laboral descrito, tuvo lugar otro de permanente readaptación de los comportamientos políticos y electorales del conjunto de la población rural²⁴. Las protestas campesinas contra las medidas desa-

²² J. Rodríguez Labandeira, *El trabajo rural en España (1876-1936)*, Barcelona, Anthropos-Ministerio de Agricultura, 1991, pp. 206-209; M. González de Molina y M. Gómez Oliver (coords.), *Historia Contemporánea de Andalucía...*, *op. cit.*, pp. 258-259.

²³ F. Cobo Romero, «The Red Dawn' of the Andalusian Countryside. Peasant Protest during the "Bolshevik Triennium", 1918-1920», en F. J. Romero Salvadó y A. Smith (eds.), *The Agony of Spanish Liberalism. From Revolution to Dictatorship 1913-1923*, Houndmills, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2010, pp. 121-144.

²⁴ Véase el estudio sobre la implantación política del socialismo en el mundo rural llevado a cabo por F. Acosta Ramírez, S. Cruz Artacho y M. González de Molina Navarro, *Socialismo y democracia en el campo (1880-1930). Los orígenes de la FNTT*, Madrid, Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino, 2009.

mortizadoras aplicadas a lo largo del siglo XIX, estuvieron inicialmente suscitadas y conducidas por los republicanos y los federales²⁵. De igual forma, desde los comienzos del siglo XX los socialistas venían pugnando por una verdadera democratización de los poderes locales. A través de la mencionada estrategia pretendían la moralización de la vida política municipal, así como la conversión de los ayuntamientos en instancias de representación de los intereses del campesinado pobre, los jornaleros y los sectores populares. En su apuesta por la movilización política de la sociedad rural, los socialistas se atraieron el apoyo de una gran cantidad de jornaleros y braceros agrícolas del sur peninsular.

La creciente sensibilización política de los jornaleros se vio acompañada por un ascendente interés, localizado entre los pequeños propietarios y arrendatarios, por las cuestiones de la política estatal y por su participación en las disputas electorales. Este fenómeno de politización del campesinado intermedio de los pequeños propietarios y los modestos labradores estuvo, a su vez, inducido por la conexión creciente de sus explotaciones con los mercados nacionales e internacionales. En medio de una economía agraria progresivamente mercantilizada, los precios de mercado alcanzados por las cosechas dependían, en multitud de ocasiones, de las decisiones políticas adoptadas desde el Estado en torno a la fijación de los aranceles, la regulación de los salarios agrícolas, la duración de la jornada laboral o la imposición tributaria sobre la propiedad rústica. Todas estas circunstancias propiciaron la suscitación entre el conjunto de la población agraria de un interés en alza por las luchas políticas nacionales²⁶.

Pero sería sobre todo a partir del denominado «*trienio bolchevista*», cuando se pusiese de manifiesto la definitiva segmentación interna de la mayor parte del campesinado²⁷. Las tensiones en aumento descritas para el ámbito laboral tuvieron su reflejo, asimismo, en un divergente comportamiento político entre los diferentes

²⁵ A. López Estudillo, *Republicanism and anarquismo en Andalucía. Conflictividad social agraria y crisis finisecular (1868-1900)*, Córdoba, La Posada, 2001.

²⁶ F. Cobo Romero, «Labradores y granjeros ante las urnas. El comportamiento político del pequeño campesinado en la Europa Occidental de entreguerras», en *Historia Agraria* 38, (2006), pp. 47-73.

²⁷ F. Cobo Romero, «“The Red Dawn” of the Andalusian Countryside...», artículo citado.

segmentos de la población campesina. En el seno de un sistema agrícola altamente dependiente de los insumos proveídos por las energías renovables y la fuerza de trabajo jornalera, los costos salariales se habían ido erigiendo en un factor de vital importancia. La acelerada e intensa sindicación de los jornaleros del sur, la meseta o el levante español fue su respuesta básica ante la necesidad de fortalecimiento de sus posiciones en el mercado laboral. Con ella perseguían la obtención de mejoras salariales con las que hacer frente a la carestía de la vida, o a las fuertes elevaciones de precios de los productos de primera necesidad. Los partidos políticos de izquierda, y de manera fundamental el Partido Socialista Obrero Español, aprovecharon esta fuerte corriente de sindicación jornalera espontánea para ahondar en la sensibilización política de los trabajadores agrícolas en general. La politización en alza de los jornaleros, indujo al reforzamiento de la politización de los pequeños propietarios y arrendatarios. Sin embargo, estos últimos casi siempre oscilaron hacia su integración dentro de las organizaciones profesionales o políticas del conservadurismo, el tradicionalismo o el catolicismo, monopolizadas por los ricos hacendados agrícolas, viéndose así inmersos en la órbita de intereses de la burguesía agraria y los grandes propietarios, o sintiéndose partícipes de la defensa de los principios de deferencia, jerarquía, tradición y sumisión, propios del viejo «orden patronal rural»²⁸.

LA NUEVA HISTORIA POLÍTICA Y LAS CAMBIANTES
INTERPRETACIONES HISTORIOGRÁFICAS SOBRE EL PAPEL
DEL CAMPESINADO EN LA CRISIS DE LA EUROPA DE ENTREGUERRAS

La historiografía de los últimos treinta años ha sido prolija en el análisis del comportamiento político del campesinado europeo en la era de la *política de masas*. Una dedicación con tan larga trayectoria nos ha revelado la existencia de un campesinado familiar as-

²⁸ Á. González, «La construcción de un mito. El trienio bolchevique en Andalucía», en M. González de Molina y D. Caro Cancela (eds.), *La utopía racional...*, op. cit., pp. 175-219, véanse especialmente las pp. 204-205; J. J. Castillo, *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino*, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1979.

centemente codiciado por los partidos del liberalismo clásico, en su particular búsqueda de alianzas electorales con las que apuntalar unos regímenes democrático-parlamentarios súbitamente desestabilizados. En un principio, las preocupaciones de los historiadores y sociólogos ocupados de los móviles de la inserción del campesinado en las disputas políticas nacionales se centraron, casi exclusivamente, en las estrategias por aquel articuladas para responder a la creciente participación del Estado en la ordenación de la producción agraria nacional. Este particular enfoque provocó que, en las décadas de los setenta y los ochenta del pasado siglo XX, prevaleciesen unos marcos de análisis excesivamente deudores de los planteamientos clásicos abordados por la sociología estructuralista y el funcionalismo de raíz *parsoniana*. Predominó, pues, una interpretación de la gestación de las sensibilidades políticas de los distintos estratos del campesinado exclusivamente deducida de las estrategias articuladas, por todos y cada uno de ellos, de cara a la perpetuación de sus posiciones en torno a la propiedad o el acceso al uso de la tierra. Tales lógicas explicativas conferían un papel primordial al carácter de las políticas agrarias defendidas por las coaliciones instaladas en el Estado, considerándolas como los factores impulsores de los posicionamientos políticos reactivos de las clases campesinas y de su adaptativa inclusión en aquellas alianzas político-electorales más firmemente comprometidas con la específica defensa de sus intereses²⁹.

Pese a lo anterior, y por paradójico que resulte, la historiografía europeo-occidental había prestado, hasta los años finales de la década de los noventa, una escasa atención al papel desempeñado por la politización de los distintos segmentos de la población activa agraria en la crisis del parlamentarismo liberal de la Europa de entreguerras. Tampoco se había interesado demasiado por el protagonismo desempeñado por el campesinado familiar en la plasmación de las multiformes alianzas interclasistas que sirvieron de soporte a los diferenciados modelos de ordenación estatal que se disputaron la hegemonía en aquella crucial etapa. Desde mediados de la déca-

²⁹ Un buen ejemplo en J. J. Linz, «Patterns of Land Tenure, Division of Labor, and Voting Behavior in Europe», en *Comparative Politics* 8 (1976), pp. 365-430. Véase también S. Sokoloff, «Land Tenure and Political Tendency in Rural France: The Case of Sharecropping», en *European History Quarterly* 10 (1980), pp. 357-382.

da de los setenta, fueron los estudios preocupados por el señalamiento de los apoyos sociales prestados al nazismo los que, aparejados convenientemente con la eclosión de innovadoras metodologías analíticas basadas en los presupuestos de la denominada «inferencia ecológica», dieron paso a una nueva etapa en el conocimiento de la movilización política del campesinado de entreguerras³⁰.

A comienzos de la década de los noventa surgieron algunas voces críticas, dispuestas a contrarrestar las visiones tradicionales que conferían un papel hegemónico a las clases medias urbanas en la diferenciada resolución de la crisis del parlamentarismo liberal³¹. La entrada en escena de tan refrescantes aportaciones, traídas por la sociología histórica o la nueva historia política y cultural, nos hizo reparar en el multiforme agregado de segmentos sociales que se vio poderosamente atraído por las propuestas de radicalismo nacionalista y antiliberal gestadas desde el fascismo europeo de entreguerras³². Todo ello hizo posible el alumbramiento de una abundante

³⁰ J. W. Falter, «Economic Debts and Political Gains: Electoral Support for the Nazi Party in Agrarian and Commercial Sectors, 1928-1933», en *Historical Social Research* 17, 61 (1992), pp. 3-21; J. W. Falter, «How Likely Were Workers to Vote for the NSDAP?», en C. Fischer (ed.), *The Rise of National Socialism and the Working Classes in Weimar Germany*, Providence, R. I., Berghahn Books, 1996, pp. 9-46; L. Boswell, «The French Rural Communist Electorate», en *Journal of Interdisciplinary History* 23, 4, (1993), pp. 719-749; W. Brustein y M. Berntson, «Interwar Fascist Popularity in Europe and the Default of the Left», en *European Sociological Review* 15, 2 (1999), pp. 159-178; W. Brustein «The Political Geography of Belgian Fascism: The Case of Rexism», en *American Sociological Review* 53, 1 (1988), pp. 69-80; E. Terence Jones, «Ecological Inference and Electoral Analysis», en *Journal of Interdisciplinary History* 3, 2 (1972), pp. 249-262; J. Morgan Kousser, «Ecological Regression and the Analysis of Past Politics», en *Journal of Interdisciplinary History* 4, 2, (1973), pp. 237-262.

³¹ Al respecto, véase E. González Calleja, «Sobre el “Dominio de las Masas”. Visiones y revisiones en la sociografía de los regímenes autoritarios y fascistas del periodo de entreguerras», en E. Acton e I. Saz (eds.), *La transición a la política de masas*, Valencia, PUV, 2001, pp. 129-156, véanse las pp. 153-156; A. Bosch, «Diversidad histórica y posibilidades de comparación entre las dictaduras europeas del siglo XX», en E. Acton e I. Saz (eds.), *La transición a la política...*, op. cit., pp. 157-160.

³² Pese a que la bibliografía al respecto es abundantísima, mencionaremos los títulos más relevantes aparecidos en los últimos años. Para el caso de Alemania de Weimar destacan los trabajos de J. W. Falter, *Hitlers Wähler. Der Aufstieg der NSDAP im Spiegel der Wahlen*, Múnich, Beck, 1991; «The First German Volkspartei: The Social Foundations of the NSDAP», en K. Rohe (ed.), *Elections, Parties and Political Traditions. Social Foundations of German Parties and Party Systems, 1867-1987*, Nueva York, Oxford y Múnich, Berg, 1990, pp. 53-81; Sh. Baranowski, *The Sanctity of Rural Life. Nobility,*

bibliografía en torno a la naturaleza versátil, heterogénea y ambivalente de los posicionamientos políticos esgrimidos tanto por el campesinado familiar como por los jornaleros, y el papel determinante desempeñado por sus múltiples alianzas político-electorales en la configuración de regímenes de corte fascista, liberal-parlamentario o social-democrático³³. De acuerdo con esta nueva matriz teórico-

Protestantism and Nazism in Weimar Prussia, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1995; D. Mühlberger, *Hitler's followers. Studies in the sociology of the Nazi movement*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991 y «Who Were the Nazis? The Social Characteristics of the Support Mobilised by the Nazi Movement, 1920-1933», *History Teaching Review Year Book* 16 (2002), pp. 22-31. Para el caso de Francia consúltese W. D. Irvine, «Fascism in France. The strange case of the Croix de Feu», en *Journal of Modern History* 63, 2 (1991), pp. 271-295; K. Passmore, *From Liberalism to Fascism. The Right in a French Province, 1928-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997 y R. O. Paxton, *French peasant fascism: Henry Dorgère's Greenshirts and the crises of French agriculture, 1929-1939*, Nueva York, Oxford University Press, 1997. Para el caso de Italia véanse los trabajos de F. M. Snowden, *Violence and Great Estates in the South of Italy, Apulia, 1900-1922*, Cambridge y Londres, Cambridge University Press, 1986 y *The Fascist Revolution in Tuscany 1919-1922*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

³³ M. Mann, *Fascists*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 113-118, 158, 161 y 180-181; W. Brustein, *The Logic of Evil. The Social Origins of the Nazi Party, 1925 to 1933*, New Haven, Yale University Press, 1996; Z. Zofka, «Between Bauernbund and National Socialism. The Political Reorientation of the Peasants in the Final Phase of the Weimar Republic», en Th. Childers (ed.), *The Formation of the Nazi Constituency*, Totowa, New Jersey, Barnes and Noble Books, 1986, pp. 37-63; O. Heilbroner, *Catholicism, Political Culture and the Countryside. A Social History of the Nazi Party in South Germany*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1998, pp. 150-154; D. Sabina Elazar, «Electoral democracy, revolutionary politics and political violence: the emergence of Fascism in Italy, 1920-1921», en *British Journal of Sociology* 51, 3 (2000), pp. 461-488; A. L. Cardoza, «Commercial agriculture and the crisis of landed power: Bologna, 1880-1930», en R. Gibson y M. Blinkhorn (eds.), *Landownership and Power in Modern Europe*, Nueva York y Londres, Harper Collins Publishers, 1991, pp. 181-198; Anthony L. Cardoza, *Agrarian Elites and Italian Fascism. The Province of Bologna, 1901-1926*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1982; F. M. Snowden, *The Fascist Revolution...*, *op. cit.* Véanse asimismo R. Koshar (ed.), *Splintered Classes. Politics and the Lower Middle Classes in Interwar Europe*, Nueva York y Londres, Holmes and Meier, 1990; G. M. Luebbert, *Liberalism, Fascism or Social Democracy: Social Classes and the Political Origins of Regimes in Interwar Europe*, Oxford, Oxford University Press, 1991, pp. 295-303 y «Social Foundations of Political Order in Interwar Europe», en *World Politics* 39, 4 (1987), pp. 449-478, especialmente las pp. 460-464; M. Mann, *Las fuentes del poder social, II. El desarrollo de las clases y los estados nacionales, 1760-1914*, Madrid, Alianza, 1997. Véase también A. Kane y M. Mann, «A Theory of Early Twentieth-Century Agrarian Politics», en *Social Science History* 16, 3 (1992), pp. 421-454.

metodológica, las crecientes disputas entre los intereses rurales y urbanos suscitadas por las tensiones inflacionistas desencadenadas por la Gran Guerra se convirtieron en un objeto de atención preferente. De modo y manera que terminaron por orientar las prioridades de los análisis socio-políticos hacia el estudio de la radicalización campesina, desvelándonos así sus hondas repercusiones sobre la estabilidad misma de las frágiles democracias parlamentarias³⁴.

Pero fueron sobre todo los estudios sobre el comportamiento político del campesinado independiente de la Europa de entreguerras, llevados a cabo desde mediados de la década de los noventa y en los comienzos del siglo XXI, los que más notoriamente se han visto influidos por los efectos del giro cultural. El énfasis puesto por todos ellos en la capacidad movilizadora de las construcciones discursivas y simbólicas fraguadas desde las distintas grandes culturas políticas en pugna, nos ha permitido comprender aún mejor la enorme versatilidad política del campesinado intermedio en la Europa de entreguerras, así como la trascendencia de sus azarosas alianzas en la deriva experimentada por las inconsistentes democracias de la época. Ha surgido así una nueva tradición de estudios primordialmente interesada en la medición de la potencialidad mitógena y movilizadora contenida en las recreaciones idealizadas del mundo rural que pugnaron por atraerse el apoyo mayoritario de la población activa agraria, y que fueron utilizadas tanto por el fascismo como por el sindicalismo revolucionario, la socialdemocracia, el catolicismo corporativista o el agrarismo interclasista y conservador.

Desde esta innovadora perspectiva, hemos podido comprender el alcance determinante de las propuestas políticas altamente seductoras desplegadas por el fascismo entre extensos colectivos de un campesinado familiar atenazado por la crisis agraria y la radicalización jornalera de inspiración marxista o anarquista. Como contrapartida a lo anterior, también ha sido posible cuantificar el im-

³⁴ Para el caso del ascenso del nazismo en Alemania L. E. Jones, «Crisis and Realignment: Agrarian Splinter Parties in the Late Weimar Republic, 1928-1933», en R. G. Moeller (ed.), *Peasants and lords in modern Germany: recent studies in agricultural history*, Boston, Allen and Unwin, 1986, pp. 198-232; N. Passchier, «The Electoral Geography of Nazi Landslide. The Need for Community Studies», en S. U. Larsen y B. Hagtvet (eds.), *Who Were the Fascists. Social Roots of European Fascism*, Bergen, Oslo, Universitetsforlaget, 1980, pp. 283-300; D. Abraham, *The Collapse of the Weimar Republic. Political Economy and Crisis*, Princeton, Princeton University Press, 1981.

pacto ejercido sobre los pequeños propietarios y arrendatarios agrícolas por las propuestas conciliatorias del socialismo, e incluso del comunismo, en aquellos países en los que ambas culturas políticas incorporaron a sus discursos un indeleble compromiso con los intereses de todos ellos en torno a la propiedad o la tenencia de la tierra³⁵.

Tras la finalización de la Gran Guerra se extendió y amplificó la corriente de la denominada «política de masas». Tal fenómeno agudizó el deseo manifestado por numerosos colectivos sociales populares por plantear abiertamente sus demandas frente a los Estados liberal-parlamentarios. Asimismo, los fenómenos de *brutalización de la política* y deshumanización del enemigo, derivados de la muerte en masa que rodeó a la Gran Guerra, se unieron a las resonancias causadas por la experiencia soviética sobre las estrategias políticas ensayadas por la izquierda³⁶. Animada por el descrédito en el que se vieron sumidas las viejas oligarquías del liberalismo de preguerra, una oleada de protestas –y una honda convulsión social– se adueñó de buena parte del continente Europeo³⁷. Igualmente se produjo, durante la segunda década del siglo XX, y de manera especial tras la conclusión de la Primera Guerra Mundial, la brusca irrupción de un nuevo y extenso ciclo de la protesta, que se abatió sobre la mayoría de los países industrializados. En las economías agrarias de la Europa meridional con una abultada presencia de jornaleros agrícolas, se afianzó el proceso de configura-

³⁵ É. Lynch, «L'extrême gauche française et la question agraire durant l'entre-deux-guerres: de la révolution à l'agrarisme, convergences et singularités», en J. Canal, G. Pécout y M. Ridolfi (dirs.), *Sociétés Rurales du XX^e Siècle. France, Italie et Espagne*, Roma, École Française de Rome, 2004, pp. 285-309; É. Lynch, *Moissons Rouges. Les Socialistes Français et la Société Paysanne durant l'entre-deux-guerres (1918-1940)*, Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 2002; É. Lynch, «Les usages politiques du soldat laboureur: paysannerie et nation dans la France et l'Europe agrarienne, 1880-1945», en J.-L. Mayaud y L. Raphaël (dirs.), *Histoire de l'Europe rural contemporaine. Du village à l'État*, París, Armand Colin, 2006, pp. 332-349; D. Sabina Elazar, «Electoral democracy...», artículo citado; W. Brustein y M. Berntson, «Interwar Fascist Popularity...», artículo citado.

³⁶ G. Eley, *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 157-164.

³⁷ Ch. S. Maier, *Recasting Bourgeois Europe. Stabilization in France, Germany, and Italy in the decade after World War I*, Princeton, Princeton University Press, 1988, pp. 3-9; J. L. Martín Ramos, *Historia de la UGT. Entre la revolución y el reformismo, 1914-1931*, Madrid, Siglo XXI de España, 2008, pp. 63-67.

ción de amplios mercados laborales capitalistas crecientemente despersonalizados³⁸. Tales mercados se caracterizaban por las profundas desigualdades mostradas por la renta de los diferentes grupos sociales concurrentes, por la posición de dominio político ejercida por las oligarquías de los ricos propietarios, o por el elevado grado de concentración de la propiedad de la tierra prevaleciente. A todo ello se unió la rápida disolución de las viejas relaciones de patronazgo, el surgimiento de una nueva burguesía agraria productivista y rentabilista, y la consolidación de nuevos modelos de contratación laboral plenamente capitalistas³⁹. Todos estos factores aceleraron la constitución, entre los jornaleros y los braceros agrícolas, de disciplinadas y eficaces estructuras sindicales de carácter permanente, que con frecuencia incorporaron los mitos y los lenguajes de la revolución agraria, la colectivización de la tierra y el aniquilamiento político del capitalismo y las burguesías diseñados por la socialdemocracia, el anarquismo o el comunismo. En las comarcas de la agricultura mediterránea caracterizadas por una histórica concentración de la propiedad de la tierra, o por la existencia de una elevada población jornalera, emergieron nuevos modelos de sindicalismo socialista o anarquista. En la península italiana y en las regiones meridionales de la península ibérica, tanto las poderosas ligas agrarias de signo socialista, como el sindicalismo revolucionario de inspiración anarquista, promovieron estrategias de enfrentamiento con la patronal que trascendieron las decrépitas y desgastadas fórmulas huelguísticas ceñidas al ámbito local⁴⁰.

La férrea regulación del sistema productivo impuesta por los Estados beligerantes durante el transcurso de la Gran Guerra suscitó la adopción de numerosas medidas de intervención sobre el

³⁸ M. Van der Linden y W. Thorpe, «Auge y decadencia del sindicalismo revolucionario», en *Historia Social* 12 (1992), pp. 3-29.

³⁹ F. M. Snowden, «The City of the Sun: Red Cerignola, 1900-1915», en R. Gibson y M. Blinkhorn (eds.), *Landownership and Power in Modern Europe*, Nueva York, Harper Collins Publishers, 1991, pp. 199-215; *The Fascist Revolution in Tuscany 1919-1922*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989 y *Violence and Great Estates in the South of Italy, Apulia, 1900-1922*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; A. L. Cardoza, «Commercial agriculture and the crisis of landed power: Bologna, 1880-1930», en R. Gibson y M. Blinkhorn (eds.), *Landownership and Power in Modern Europe*, Nueva York, Harper Collins Publishers, 1991, pp. 181-198.

⁴⁰ R. Zangheri, (a cura di), *Lotte agrarie in Italia. La Federazione nazionale dei lavoratori della terra, 1901-1926*, Milan, Feltrinelli, 1960.

funcionamiento global de la economía nacional. Muchas de aquellas medidas consistían en la imposición de severos controles sobre los mercados de productos agrícolas. Las más perniciosas, desde el punto de vista del sostenimiento rentable de las economías campesinas, contemplaban la exacción tributaria, el establecimiento de cupos sobre la producción, o el reiterado recurso a unas requisas con las que se pretendía asegurar la satisfacción, a bajos precios, de las necesidades alimentarias de la población urbana. Una vez finalizado el conflicto, los agudos repuntes inflacionarios, las convulsiones monetarias de la posguerra y las exacciones motivadas por la prolongación de la economía controlada volvieron a perjudicar las economías de la mayor parte del campesinado familiar. A lo largo de la década de los veinte se registró un generalizado encarecimiento de los *inputs* industriales requeridos por las explotaciones campesinas que coexistió con un fenómeno de caída o estancamiento de los precios de los productos agrícolas. Tan nefasta conjunción de factores no hizo sino disparar los elevados niveles de endeudamiento en el conjunto de la agricultura. El desencadenamiento, mediada la década de los veinte, de una profunda crisis agraria de dimensiones mundiales provocó que la mayor parte del campesinado familiar europeo radicalizase sus posturas políticas, comenzando a exigir a sus respectivos Estados la adopción de urgentes medidas fiscales, monetarias o comerciales⁴¹. Con ellas perseguía la protección arancelaria de los mercados internos, la reducción de las tasas impositivas que gravaban la propiedad rústica, la redención de las cargas hipotecarias, la disminución de los costos salariales y la contención de los precios de los productos industriales. Las desavenencias surgidas entre una población agraria progresivamente desprotegida o castigada por la crisis económica de posguerra, y los intereses políticos defendidos por el Estado y los partidos en representación de los intereses industriales y urbanos, provocaron un profundo resentimiento entre amplias porciones del campesinado europeo. Tales desavenencias auspiciaron el nacimiento de movimientos pro campesinos y populistas dispuestos a dar la batalla a las burguesías y las elites liberales gobernantes. Emergieron con fuerza inéditas recreaciones mitificadas e idílicas

⁴¹ Véase, por ejemplo, J. Osmond, *Rural protest in the Weimar Republic. The free peasantry in the Rhineland and Bavaria*, Nueva York, St. Martin's Press, 1993.

de las virtudes del ruralismo, forjadas desde las nuevas corrientes de un agrarismo hegemonizado por la burguesía agraria, y orientadas hacia la neutralización política de la temida radicalización campesina. En algunos casos, esas mismas recreaciones sublimadas facilitaron la integración del campesinado en asociaciones o instrumentos de representación corporativa liderados por la gran patronal agraria, facilitando así la desactivación de aquellas desviaciones de radicalismo agrario teñidas de un fuerte carácter autónomo e incontrolado.

Por todas estas razones, el campesinado europeo del periodo posterior a la Gran Guerra reforzó su autoconvicción acerca de su conversión en un actor político determinante, diversificó sus opciones electorales y contribuyó a la consolidación de las nuevas y pujantes coaliciones interclasistas gestadas a partir de entonces. Su indiscutible categorización como aliado preferencial, y su indudable protagonismo en la sustentación de aquellas fórmulas políticas estimadas idóneas para la conjura de los múltiples efectos de la crisis de entreguerras, lo convirtieron en un protagonista insoslayable⁴².

En términos generales, podría afirmarse que el «deslizamiento» político y electoral del campesinado intermedio o bien hacia el «centro burgués y parlamentario», o por el contrario, hacia el respaldo prestado a las formaciones políticas de signo antiparlamentario o antidemocrático, resultó decisivo, durante el trascendental periodo de entreguerras, para la resolución en uno u otro sentido de la generalizada crisis padecida por el sistema liberal tras la finalización de la Primera Guerra Mundial. En general puede afirmarse que prevaleció la estabilidad del sistema liberal-democrático tanto en aquellos países donde extensos conjuntos del campesinado familiar sostuvieron una azarosa e inestable alianza con los partidos de la «hegemonía burguesa» respetuosa con el liberalismo, como en aquellos otros –en ocasiones, los mismos– donde la socialdemocracia y el comunismo desempeñaron un papel de sincera identificación con los intereses campesinos, comprometiéndose con la preservación de las reglas del juego parlamentario⁴³. Esto

⁴² Véase al respecto G. M. Luebbert, *Liberalism, Fascism...*, *op. cit.*, pp. 277-285.

⁴³ Véase L. A. Loubère, *Radicalism in Mediterranean France, 1848-1914*, Albany, State University of New York Press, 1974; L. L. Frader, *Peasants and Protest. Agricultural Workers, Politics and Unions in the Aude, 1850-1914*, Berkeley, Los Ángeles, Uni-

último pudo ocurrir, como pone de manifiesto el ejemplo de la Francia de la Tercera República, porque el campesinado intermedio acabó sintiéndose recompensado por los partidos del «centro liberal» en la promulgación de medidas políticas que favorecían sus intereses y regulaban los mercados en su beneficio. En tales casos resultó determinante que los partidos de la izquierda socialista o comunista no se vinculasen de manera exclusiva a la defensa de los jornaleros, rechazando de manera explícita la defensa programas revolucionarios orientados hacia la colectivización de la tierra y la consiguiente extinción de la pequeña propiedad. Las lecciones extraídas de la Francia de la Tercera República nos muestran un panorama en el que prevalecieron aquellas alianzas políticas interclasistas, hegemonizadas por el «centro burgués», que lograron atraer a su esfera de influencia al grueso de los componentes del campesinado familiar. Un escenario, pues, donde la debilidad de la conflictividad jornalera, conjugada con la existencia de organizaciones políticas de naturaleza socialdemócrata o comunista que generaron actitudes de sincera identificación con los intereses del campesinado de pequeños propietarios o arrendatarios⁴⁴, hizo posible la integración de este último en la defensa de los postulados sustentadores del Estado liberal.

En el extremo opuesto al «paisaje político» recién dibujado podemos entrever cómo allí donde no fue posible el entendimiento entre el campesinado y las formaciones políticas del «centro burgués» o la socialdemocracia, la oscilación de aquel hacia una «deriva fascista» y «antiparlamentaria» pudo resultar determinante. En algunos destacados casos en los que esto último ocurrió, el campesinado se sintió seducido por la resolutiva capacidad de contención del socialismo colectivista y las demagógicas proclamas de exaltación ruralista que exhibieron tanto el fascismo italiano como el nazismo alemán. El carácter extremadamente atractivo de tales discursos entre las filas del campesinado familiar se vio catapultado

versity of California Press, 1991; T. Judt, «Class Composition and Social Structure of Socialist Parties after the First World War: France's Case», en E. Collotti (ed.), *Annali: L'Internazionale Operaia e Socialista tra le due guerre*, Milano, Feltrinelli Editore, 1985, pp. 279-311.

⁴⁴ L. Boswell, *Rural communism in France, 1920-1939*, Ithaca, Cornell University Press, 1998 y «The French Rural Communist...», artículo citado; É. Lynch, *Moissons Rouges...*, *op. cit.*; y «L'extrême gauche française...», capítulo citado.

do por la ineficacia política de los partidos del liberalismo clásico, sobre todo a la hora de gestionar adecuadamente las políticas anti-crisis que aquel insistentemente reclamaba. Así pues, y en abierta oposición a aquel modelo de absorción neutralizadora de las pulsiones campesinas al que aludíamos anteriormente, emergieron situaciones abiertamente contrapuestas en el panorama de las alianzas políticas. Algunas de ellas evidenciaban el estrepitoso fracaso sufrido por el «centro burgués» y el «ámbito del parlamentarismo» en sus esfuerzos por hacer viable una reconducción de la radicalización campesina por la senda del respeto a la política liberal, precipitando así su imparable deriva hacia la adhesión a posiciones de un ultranacionalismo populista profundamente enemistado con la democracia⁴⁵.

El ejemplo suministrado por la Alemania de Weimar nos permite observar cómo se produjo la deriva de una considerable porción del campesinado de granjeros, mayoritariamente protestante y especializado en la venta de excedentes cárnicos y lácteos, hacia el sostén prestado a las propuestas populistas y seudorrevolucionarias de la ultraderecha fascista. En este caso los compromisos contraídos con los intereses de la industria exportadora por los partidos del «bloque burgués» del centro-derecha se unieron a la «ceguera» política de la socialdemocracia. Ni unos ni otros supieron incorporar a su agenda política la satisfacción de las demandas formuladas por una turbulenta corriente de radicalismo campesino alimentada por el endeudamiento rampante de la pequeña propiedad, la deflación que aquejaba a sus cosechas, el trato privilegiado otorgado a los intereses cerealistas de los Junkers prusianos y el desolador aislamiento político en la arena pública. De resultas de todo ello se expandió entre el pequeño campesinado mayoritariamente protestante una espesa onda de populismo, teñida de fuertes ribetes antielitistas que rezumaban un profundo rechazo a los partidos del liberalismo clásico. El efímero respaldo electoral expresado por aquel mismo campesinado hacia los fragmentarios partidos de intereses pronto dio paso a un fenómeno tan revelador como inesperado. Desde 1930 en adelante se hizo meridianamente perceptible la vigorosa irrupción de los nazis en los distritos elec-

⁴⁵ Al respecto, consúltese G. M. Luebbert, *Liberalism, Fascism...*, *op. cit.*, pp. 295-303.

torales rurales más castigados por la crisis o más profundamente decepcionados con el sistema de partidos existente⁴⁶.

Los casos italiano y español demuestran el carácter concluyente de las alianzas entabladas entre el campesinado y el espectro de fuerzas políticas y sociales que giraba a su alrededor. Pues fueron esas mismas alianzas las que contribuyeron a facilitar, o bien el afianzamiento del parlamentarismo, o bien la emergencia de radicales propuestas políticas ultranacionalistas y antisocialistas revestidas de una inusitada furia antiliberal. En la Italia liberal de la inmediata posguerra y los años del denominado *Biennio Rosso*, al súbito acrecentamiento de la conflictividad huelguística agrícola se unió a la creciente capacidad reivindicativa de los jornaleros, y el masivo encuadramiento de un elevado porcentaje de todos ellos en las «ligas socialistas». A instancias de estas últimas, toda una legión de braceros agrícolas de las regiones de agricultura comercial y capitalista del norte y el centro del país recurrió a la utilización de prácticas reivindicativas extremas, que sin duda impusieron sobre la patronal agraria un férreo control de los mercados laborales que desbarataba su tradicional dominio. En medio de una excepcional coyuntura en la que un número nada despreciable de pequeños propietarios, arrendatarios y aparceros se encontraba afianzando sus expectativas de acceso a la propiedad, o acariciaba la posibilidad de un seguro incremento en la superficie de sus explotaciones, los sindicatos agrícolas socialistas y numerosísimos alcaldes de izquierda se colocaron decididamente a favor de los jornaleros. Además, un abultado conjunto de modestos arrendatarios o aparceros, aliado a un nada despreciable número de pequeños propietarios que recién habían alcanzado esta última condición, se sintió amenazado por las radicalizadas propuestas de socialización de la propiedad de la tierra difundidas desde la *Federterra*, el poderoso sindicato de obreros agrícolas adscrito al Partido Socialista Italiano⁴⁷. La respuesta política de una considerable porción del campesinado intermedio de las regiones centro-septentrionales a las presio-

⁴⁶ Véase G. Corni, *Hitler and the Peasants. Agrarian Policy of the Third Reich, 1930-1939*, Nueva York, Oxford, Múnich, Berg, 1990; L. E. Jones, «Crisis and Realignment...», *op. cit.*, pp. 198-232.

⁴⁷ W. Brustein, «The "Red Menace" and the Rise of Italian Fascism», en *American Sociological Review* 56, 5 (1991), pp. 652-664; A. L. Cardoza, *Agrarian Elites and...*, *op. cit.*

nes provenientes del movimiento jornalero de inspiración socialista consistió, en muchos casos, en la favorable acogida dispensada a unas ligas fascistas tan furibundamente empleadas en el aniquilamiento de las izquierdas como supuestamente comprometidas con la defensa de la pequeña explotación⁴⁸.

A MODO DE CONCLUSIÓN. CAMPESINADO Y POLÍTICA EN LA ESPAÑA DE LA SEGUNDA REPÚBLICA

La corta pero asimismo intensa vivencia política democrática alumbrada con el advenimiento de la Segunda República nos muestra un rico panorama de luchas agrarias y cambiantes alianzas políticas protagonizadas por el campesinado intermedio y los jornaleros. También aquí las constantes derivas mostradas por las preferencias electorales de un campesinado castigado por la crisis de la década de los treinta y asediado por la asfixiante combatividad de los poderosos sindicatos jornaleros socialistas, resultaron determinantes en la configuración de las coaliciones parlamentarias que sustentaron los distintos gobiernos. En numerosas comarcas agrarias españolas en las que, a la altura de los treinta, prevalecía la presencia de un importante segmento de modestos labradores enfrentados a una cuantiosa población jornalera, la llegada del régimen de la Segunda República precipitó una particular aceleración en el ya iniciado proceso de politización de todos ellos. Sobre el régimen democrático inaugurado en 1931 confluían toda una serie de circunstancias que habrían estimulado el profundo distanciamiento político entre el colectivo de los jornaleros y la mayoría del campesinado de pequeños propietarios, arrendatarios y aparceros. Los jornaleros, fortalecidos en su capacidad reivindicativa en los mercados laborales por poderosos instrumentos políticos y sindicales, se atrincherarían en el respaldo electoral de un socialismo reformista de inspiración marxista asimismo comprometido en la defensa de una avanzada legislación laboral y de la reforma agraria. El campesinado intermedio, castigado por los efectos deflacio-

⁴⁸ F. M. Snowden, *The Fascist Revolution...*, *op. cit.*; P. Corner, *Fascism in Ferrara, 1915-1925*, Oxford, Oxford University Press, 1975; R. Zangheri, (a cura di), *Lotte agrarie...*, *op. cit.*, pp. 305-326.

narios de la crisis agraria de comienzos de la década de los treinta, por la estricta aplicación de la legislación laboral reformista y por la intensa actividad huelguística ejercitada por los jornaleros de filiación mayoritariamente socialista, acusaría, al sentirse seducido por los reclamos corporativistas de la gran patronal, un fenómeno de acusada derechización política⁴⁹. En extensas comarcas agrícolas con una fuerte presencia de jornaleros enfrentados a los grandes, medianos y pequeños cultivadores, el campesinado de pequeños propietarios o arrendatarios experimentó una suerte de paulatino e irreversible alejamiento de los partidos republicanos representativos del «centro reformista y burgués»⁵⁰.

El mencionado distanciamiento estuvo motivado por la frustración experimentada por el campesinado ante la ausencia, imputable a la práctica totalidad de los partidos interclasistas del republicanismo progresista, de firmes actitudes políticas comprometidas con la resolución de sus más acuciantes exigencias –modificación de la legislación laboral pro jornalera, contención de los combati-vos jornaleros y cese de las intromisiones de los sindicatos y los alcaldes socialistas en sus decisiones sobre el empleo de mano de obra asalariada–⁵¹. Pero igualmente, el viraje político registrado entre importantes segmentos del campesinado intermedio se vio estimulado por el compromiso expresado por la Confederación Española de Derechas Autónomas y el republicanismo de centro-derecha con la profunda revisión de las leyes laborales, la paralización de una Reforma Agraria tildada de «socializante» o bolchevique y el decidido propósito de acometer la «pacificación» del campo. El profundo malestar de los estratos intermedios del campesinado familiar ante las políticas laborales pro-jornaleras inspiradas por los socialistas, y entusiásticamente respaldadas por los republicanos de izquierda con quienes aquellos sostenían una sólida alianza gubernamental, comenzó a materializarse desde 1933 en

⁴⁹ F. Cobo Romero, *De campesinos a electores. Modernización agraria en Andalucía, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios. El caso de la provincia de Jaén, 1931-1936*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

⁵⁰ E. González Calleja, F. Cobo Romero, A. Martínez Rus y F. Sánchez Pérez, *La Segunda República española*, Barcelona, Pasado & Presente, 2015.

⁵¹ N. Townson, *La República que no pudo ser. La política del centro en España (1931-1936)*, Madrid, Taurus, 2002; J. Avilés Farré, *La izquierda burguesa y la tragedia de la Segunda República*, Madrid, Comunidad de Madrid, 2006.

adelante. Su manifestación más perceptible consistió en la fuga político-electoral de buena parte del campesinado intermedio de las regiones del centro, el Levante y la mitad oriental de Andalucía hacia la adhesión a los postulados crecientemente corporativistas, antiparlamentarios y antirrepublicanos, sostenidos por las formaciones del agrarismo católico y conservador en proceso de franca «fascistización»⁵².

⁵² S. Schatz, «Democracy's breakdown and the rise of fascism: the case of the Spanish Second Republic, 1931-1936», en *Social History* 26, 2 (2001), pp. 145-165; F. del Rey, *Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008; W. J. Irwin, *The 1933 Cortes Elections. Origin of the Bienio Negro*, Nueva York y Londres, Garland Publishing, 1991; F. Cobo Romero, *De campesinos a electores...*, *op. cit.*; F. Ayala Vicente, *Las elecciones en la provincia de Cáceres durante la Segunda República*, Badajoz, Editora Regional Extremeña, 2001; T. Rees, «Agrarian power and crisis in southern Spain: the province of Badajoz, 1875-1936», en R. Gibson y M. Blinkhorn (eds.), *Landownership and Power...*, *op. cit.*, pp. 235-253.

SOBRE LOS AUTORES

FRANCISCO COBO ROMERO

Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Granada, sus líneas de investigación se centran en la Segunda República y la Guerra Civil, la dictadura franquista y en el desarrollo de la agricultura andaluza durante el primer tercio del siglo xx, así como el proceso de politización del campesinado andaluz, la protesta y los conflictos sociales. Es autor de numerosos trabajos relacionados con esas líneas de investigación publicados en revistas como *Ayer*, *Historia Social* e *Historia Agraria* y en obras colectivas. Es coautor de *Franquismo y posguerra en Andalucía oriental: represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1939-1950* (2005). Entre sus libros destacan: *La conflictividad campesina en la provincia de Jaén durante el periodo 1931-1939* (1991); *La Guerra Civil y la represión franquista en la provincia de Jaén, 1936-1950* (1994); *Conflicto social y violencia política: el largo camino hacia la dictadura, Jaén, 1917-1950* (1999); *De campesinos a electores. Modernización agraria en Andalucía, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios* (2003); *Por la Reforma agraria hacia la revolución. El sindicalismo agrario socialista durante la Segunda República y la Guerra Civil 1930-1939* (2007). Su actual proyecto de investigación es *Crisis del franquismo. Construcción identitaria y transición a la democracia en la Alta Andalucía* (1959-1979).

FRANCISCO ERICE SEBARES

Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Oviedo, ha orientado su labor investigadora en el campo de la His-

toria social a aspectos como la conflictividad social, la formación de la burguesía y el desarrollo del capitalismo en Asturias, la historia de los comunistas y diversos temas relacionados con el concepto y los problemas de la memoria colectiva. Es autor de numerosos trabajos en revistas, obras colectivas y libros, entre los que cabe destacar: *Propietarios, comerciantes e industriales. Burguesía y desarrollo capitalista en la Asturias del siglo XIX* (1995). Coautor y coordinador de *Los comunistas en Asturias, 1920-1982* (1996); coautor de *Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social* (2009); y autor de *Guerras de la memoria y fantasmas del pasado. Usos y abusos de la memoria colectiva* (2009). Su último libro es *Militancia clandestina y represión. La dictadura franquista contra la subversión comunista (1956-1963)* (2017). Fue coordinador de la Sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas (2012-2017) y es miembro del equipo coordinador de la revista *Nuestra Historia*.

JOSEP FONTANA

Fue catedrático de Historia Económica en las Universidades de Valencia, en la Autónoma de Barcelona y en la Pompeu Fabra donde fundó y dirigió el Instituto d'Història Jaume Vicens Vives hasta su jubilación. *Doctor honoris causa* por la Universidad Rovira i Vigil de Tarragona; Valladolid y Gerona y Emérito de la Universidad de Valencia. Maestro de generaciones de historiadores, ha recibido diversos premios por su trabajo historiográfico que lo han convertido en una referencia de la historiografía española en el mundo. Desde su libro *La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820*, con sus trabajos contribuiría a la renovación en la forma de pensar la historia en España con títulos como *La historia* (1974); *Historia: análisis del pasado y proyecto social* (1982); *La historia después del fin de la Historia* (1992) o la *Historia de los hombres* (2000-2005). Su labor como editor en editoriales como Ariel o Crítica facilitó la difusión en España de la historia que se hacía en Europa. Otros títulos importantes son *Europa ante el espejo* (1994); *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945* (2011); *El futuro es un país extraño* (2013); *La*

formació d'una identitat (2014). Su último libro es *El siglo de la revolución* (2017).

CARLOS FORCADELL

Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza, sus comienzos investigadores se centraron en la historia social, política y sindical de la España contemporánea y posteriormente pasaría a ocuparse de temas y métodos de historia cultural de la sociedad y de la política, así como de historia de la historiografía. Entre otros libros es autor de *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918* (1978); editor, junto a Juan José Carreras, de *Usos públicos de la Historia* (2003); ha codirigido el tercer volumen de la *Historia de las culturas políticas en España y América latina*. Coautor y coeditor de *El pasado en construcción. Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea* (2015) y *La Restauración y la República, 1974-1936* (2015). Fue comisario, junto con Alberto Sabio, de la exposición *Paisajes para después de una guerra. El Aragón devastado y la reconstrucción bajo el franquismo, 1936-1957* (2006). Fue presidente de la Asociación de Historia Contemporánea (2006-2014) y director de la revista *Ayer* (2006-2010) y dirige la Institución Fernando el Católico.

JOSÉ GÓMEZ ALÉN

Catedrático de Historia de Enseñanza Media, orienta sus líneas de investigación hacia la conflictividad laboral y el mundo del trabajo durante el franquismo. Autor de numerosos trabajos en revistas, obras colectivas y libros como: *As Comisións Obreiras de Galicia e a conflictividade laboral durante o franquismo* (1995) o *Manuel Amor Deus. Unha biografía da resistencia obreira ao franquismo* (2008). Es coautor de *O dez de marzo. Unha data na historia* (1997); *Astilleros en el Arco Atlántico. Trabajo, historia y patrimonio* (2013); *Abogados contra el franquismo. Memoria de un*

compromiso político, 1939-1977 (2013); *Cristina, Manuela y Paca. Tres vidas cruzadas entre la justicia y el compromiso* (2017); *Estado e industria. La construcción naval en Argentina, Brasil, España y Portugal* (2017) y «Work, workers and labour conflicts in the shipyard Bazán-Navantia, 1950-2014» en *Shipbuilding and Ship Repair Workers Around the World. Case studies, 1950-2010* (2017). Fue director del Archivo Histórico de las Comisiones Obreras de Galicia/Fundación 10 de Marzo (1991-2005) y de la revista *DEZEME* (2000-2006). Es miembro de la sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas y de la coordinación de *Nuestra Historia*.

JOSÉ LUIS LEDESMA VERA

Doctor en Historia y Civilización Europea por el European University Institute (Florencia), es profesor de Historia de los Movimientos Sociales y Políticos en la Universidad Complutense de Madrid. Sus investigaciones se centran en la violencia durante la Guerra Civil y la posguerra, así como en diversos aspectos relativos a la Segunda República, temas sobre los que ha publicado trabajos en revistas y obras colectivas. Es autor de *Los días de llamas de la revolución* (2004), coautor de *Violencia roja y azul. España 1936-1945* (2010) y coeditor de *Cultura y política de la violencia. España siglo XX* (2005), *Avenida de la República* (2007), *La Segunda República en la encrucijada: el segundo bienio* (2009) y *La República del Frente Popular. Reformas, conflictos y conspiraciones* (2010). Los objetos de sus trabajos en curso son el Consejo de Aragón (1936-1937), la historia social de la violencia en la España de la primera mitad del siglo XX y, en términos más amplios, la violencia en las guerras civiles y revoluciones contemporáneas.

CARLOS MARTÍNEZ SHAW

Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Barcelona y actualmente Catedrático Emérito de la Universidad Nacional

de Educación a Distancia, es miembro de la Real Academia de la Historia y presidió el Centro de Estudios de Historia Moderna «Pierre Vilar» de Barcelona. Ha dedicado su labor investigadora a la historia económica y la historia marítima del Antiguo Régimen y escrito, entre otras obras, *Cataluña en la Carrera de Indias, 1680-1756* (1981), *La emigración española a América, 1492-1824* (1993), *El Siglo de las Luces. Las bases intelectuales del reformismo* (1996), *La Ilustración* (2001), *Felipe V* (2001), *El sistema comercial español del Pacífico, 1765-1820* (2007) e *Historia Moderna: Europa, África, Asia y América* (2015). Ha editado numerosos libros y artículos dentro de su temática y ha organizado (junto con Marina Alfonso Mola) nueve exposiciones internacionales dedicadas a temas propios de su campo, como *Esplendor de España, 1598-1648. De Cervantes a Velázquez* (1998), *El Galeón de Manila* (2000), *Oriente en Palacio* (2003), *Europa en papel* (2010) o *Carlos III y el Madrid de las Luces* (2016).

TERESA MARÍA ORTEGA LÓPEZ

Profesora titular de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada. Sus líneas de investigación están relacionadas con la Guerra Civil, la dictadura franquista y la transición, y las relaciones laborales y la protesta social. Sobre estos temas ha publicado numerosos artículos en revistas como *Historia Social*, *Ayer* o *Historia Agraria* y capítulos en diversas obras colectivas. Es coautora de *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyo social al régimen franquista 1936-1950* (2005) y *La extrema derecha en la España contemporánea* (2008), y autora de *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos* (2007); *Trabajadores y jornaleros contra patronos y verticalistas. Conflictividad laboral y reivindicaciones democráticas en una provincia periférica y escasamente desarrollada* (2001); *Del silencio a la protesta. Explotación, pobreza y conflictividad en una provincia andaluza, Granada 1936-1977* (2004).

Catedrático de la Universidad Jaume I de Castellón. Sus líneas de investigación se orientan hacia relaciones sociales y los cambios políticos en la historia de España y América latina, el socialismo y la historiografía. Entre sus libros podemos señalar: *La revolución democrática (1868-1874). Cuestión social, colonialismo y grupos de presión* (1992); *Sociedad civil y poder en Cuba* (2006); *Cánovas y la derecha española: del magnicidio a los neocon* (2008); *Bicentenario de la libertad: la fragua de la política en España y las Américas* (2010); *La esclavitud en las Españas. Un lazo transatlántico* (2012); *El federalismo. La libertad protegida, la convivencia pactada* (2014), y *La historia social en la era Hobsbawm* (2016). Coeditor de *A Social History of Spain Labour: New Perspectives on Class, Politics and Gender* (2007) y *State of Ambiguity: Civic Life and Cultural Form in Cuba's First Republic* (2014), codirige desde 1988 la revista *Historia Social*. Fue Premio de Ensayo de la Generalitat Valenciana 2004 por su libro *Persiguiendo el porvenir. La identidad histórica del socialismo valenciano, 1870-1976*.

DOMINGO PLÁCIDO

Catedrático Emérito de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid, desde 1972 ha centrado su trabajo investigador en la Grecia Clásica y el mundo antiguo en general y la Hispania antigua. Ha publicado desde entonces obra historiográfica en revistas, obras colectivas y libros entre los que podemos reseñar: *Cultura y religión en la Grecia arcaica* (1989); *La civilización griega en la época clásica* (1989); *La sociedad ateniense. La evolución social de Atenas durante las guerras del Peloponeso* (1997); *Poder y discurso en la antigüedad clásica* (2008); *Las provincias hispanas durante el alto imperio romano* (2008); *Hispania antigua* (2009); *La construcción ideológica de la ciudadanía: identidades culturales y sociedad en el mundo griego antiguo* (2009) o *Introducción al mundo antiguo: problemas teóricos y metodológicos* (2014). Es miembro del Comité Científico de Dialogues d'Histoire Ancienne (Besançon); de Il Mediterraneo antico (Roma) y Argos (Buenos Aires)

y desde 2004 presidente del Groupe Internationale de Recherche sur l'Esclavage dans L'Antiquité, Girea.

JULIÁN SANZ HOYA

Doctor en Historia por la Universidad de Cantabria y en la actualidad profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad de Valencia. Su principal línea de investigación se ha centrado en las derechas españolas, la organización de la dictadura franquista en las provincias y el fascismo español en clave comparada; ha trabajado asimismo sobre cuestiones de historia del movimiento obrero y de identidad nacional. Es autor de numerosos trabajos en obras colectivas y revistas (*Historia Social*, *Ayer*, *Alcores*). Entre sus libros pueden destacarse *De la resistencia a la reacción. Las derechas frente a la Segunda República* (2006) y *La construcción de la dictadura franquista en Cantabria* (2009); es editor y autor del estudio introductorio de Bruno Alonso, *En las Cortes Constituyentes de la República* (2005) y coeditor y coautor de *E. P. Thompson: Marxismo e historia social* (2016) y de *Cuarenta años y un día. Antes y después del 20-N* (2017). Actualmente es el coordinador de la sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas y forma parte de la coordinación de *Nuestra Historia*.

JUAN TRÍAS VEJARANO

Catedrático Emérito de Historia de las Ideas Políticas de la Universidad Complutense, Madrid, universidad de la que fue vicerrector de Estudiantes. Director de la Fundación de Investigaciones Marxistas (1991-1997), ha centrado sus investigaciones en el Antiguo Régimen, la transición del feudalismo al capitalismo y la historia del pensamiento político de los siglos XIX y XX y ha publicado trabajos en obras colectivas como autor, coordinador o editor sobre temas relacionados con sus líneas de investigación. Entre otros libros es autor de *Pi Margall. Pensamiento social* (1968); *Almirall y los orígenes del catalanismo* (1975). Es coautor de *Federa-*

lismo y Reforma Social en España, 1840-1870 (1975) y ha participado en obras colectivas como *Las Utopías en el mundo occidental* (1981); *Cien años después de Marx. Ciencia y marxismo; Estudios sobre la Constitución española*, vol. 1 (2008) o editor de *V. I. Lenin. Obras completas*, vol. 1 (1986); coeditor de *Rosa Luxemburg. Actualidad y clasicismo* (2001) y *Gramsci y la izquierda europea* (coord.; 1992). También son frecuentes sus textos en diversas revistas de pensamiento: *Sistema; Utopías/Nuestra Bandera; Estudios de historia social; Revista de estudios políticos* o en la prensa diaria como *El País; Publico.es* y *Crónica Popular*.

Otros títulos publicados por
Siglo XXI de España

José Babiano, Francisco Erice
y Julián Sanz (eds.)

E. P. Thompson

Marxismo e historia social

Immanuel M. Wallerstein

El capitalismo histórico

Perry Anderson

*Consideraciones sobre el marxismo
occidental*

Perry Anderson

*Tras las huellas del materialismo
histórico*

Perry Anderson

Teoría, política e historia

Un debate con E. P. Thompson

Gerald Allan Cohen

La teoría de la historia de Karl Marx

Una defensa

Christopher Hill

El mundo trastornado

*El ideario popular extremista de la revolución
inglesa del siglo XVII*

Juan Andrade

El PCE y el PSOE en (la) transición

*La evolución ideológica de la izquierda durante
el proceso de cambio político*

Durante las últimas décadas del franquismo y la transición a la democracia, los planteamientos marxistas supusieron un soplo de aire fresco frente a la hegemónica y asfixiante cultura nacionalcatólica española. Heredera de las corrientes vanguardistas británicas y francesas, la historiografía marxista inició un proyecto de análisis del pasado con un fuerte compromiso político y social hasta que, con la virulenta imposición del discurso neoliberal y sus políticas, perdió la presencia de que había gozado. Sin embargo, las subsiguientes crisis económicas y políticas han hecho patente la insuficiencia del paradigma neoliberal para abordar la realidad, haciendo urgente retomar aquellos planteamientos teóricos y conceptuales. En *Historiografía, marxismo y compromiso político en España*, primeras figuras de la historiografía española reabren aquella puerta cerrada en falso y recuperan los enfoques marxistas en el debate histórico, económico y social. Con esas herramientas de análisis y propuestas conceptuales será posible rescatar nuevamente un horizonte de sentido que no ha perdido un atisbo de vigencia.

CARLOS FORCADELL

CARLOS MARTÍNEZ SHAW

DOMINGO PLÁCIDO

FRANCISCO COBO ROMERO

FRANCISCO ERICE

JOSÉ ANTONIO PIQUERAS

JOSÉ GÓMEZ ALÉN

JOSÉ LUIS LEDESMA

JOSEP FONTANA

JUAN TRÍAS VEJARANO

JULIÁN SANZ HOYA

TERESA MARÍA ORTEGA LÓPEZ



www.sigloxxeditores.com

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.